

Madrid 12 rs. el trimestre.
Redacción, calle del Espejo, número 17.
cuarto principal.
Provincias 15 rs. el trimestre.
En casa de los comisionados ó mediante
libranzas.

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de
sus precios.



RESUMEN.

MADRID. ¿QUÉ HACEMOS?—CUESTION SOBRE LA MONOMANIA SIN
DELIRIO. Respuesta al Sr. Castellet. — Constitución médica del año
de 1857. — Aldehuela de Yeldes. — Fundamentos de la medicina natu-
ral y simplificada. Parte segunda. Historia. — PRENSA MEDICA. Me-
dicina. Sarampión: tratamiento del flujo diarreico. — Cálculo biliar;
espulsion á través de las paredes abdominales. — Catarro y hemor-
ragia de la vejiga: nuevo tratamiento por medio del percloruro de
hierro. — TERAPÉUTICA. Acetato de alúmina: su acción en diversas
enfermedades. — Médula espinal: sus funciones. — Cirugía. Varicocele:
consideraciones sobre esta afección; paliativo muy sencillo. — VA-
RIEDADES. Acta médica en Inglaterra. — Oposiciones á baños. — En-
fermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general
durante el mes de octubre. — BIBLIOGRAFIA. La Universidad de Sa-
lamanca en el tribunal de la historia; por D. Domingo Doncel y
Ordaz. — CRÓNICA. — REMITIDO. — VACANTES. — ANUNCIO. —
FOLLETIN. Discurso inaugural que pronunció en la apertura del
curso académico de 1858 á 1859, en el Instituto provincial de Ge-
rona, D. Francisco Castellet y Pallarés, profesor de Psicología, Ló-
gica y Ética.

Madrid 7 de Noviembre de 1858.

¿QUÉ HACEMOS?

Más de veinte años han pasado ya desde que
nació entre nosotros el pensamiento de asocia-
ción, como único que podía salvar á las clases mé-
dicas de la ruina que habían hecho inminente los
cambios de los tiempos y el excesivo número de
facultativos. Entonces fué creado el Instituto mé-
dico, unido poco después á la Academia de emu-
lación. Tres años más tarde se trató por nuestro
querido y malogrado compañero D. MARIANO DEL-
GRÁS de fundar una sociedad estendida á toda Es-
paña, y en su casa se reunieron representantes
de las provincias, venidos algunos de lejanas
poblaciones, llenos de entusiasmo y de fé; pero el
cambio ocurrido en 1845 dejó paralizados los
trabajos que se habían hecho. Siguió el proyecto
de *Confederación médica*, frustrado cuando ya
estábamos tocando su realización, y finalmente
hemos visto malograrse el de *Alianza médica*...

FOLLETIN.

DISCURSO INAUGURAL

que pronunció en la apertura del curso académico de
1858 á 1859, en el Instituto provincial de Girona,
D. FRANCISCO CASTELLET Y PALLARÉS, profesor de Psico-
logía, Lógica y Ética.

Conclusion. — (Véase el número anterior.)

Vastísima y fecunda doctrina se desprende de cuanto
antecede, á saber: que replegado el espíritu del hombre
después de las evoluciones á que le ha conducido su ins-
tinto filosófico, siempre encuentra en su conciencia tres
grandes ideas que llenan todo su ser y su vida, tres co-
piosos raudales de inapreciable valor: *Dios, el mundo,*
el yo; ideas madres que inspiran á su razón estendiéndola
por un espacio casi sin fin, guiándola para que no tropie-
ce y contentiéndola para que el rico botín que va adqui-
riendo no la ensoberbezca. Esa es, pues, nuestra filoso-
fia, que lleva en su seno todo lo grande y lo sublime; que
se identifica con la religión, de la que no se aparta ni un
momento, con cuyas cristalinidades aguas sácia su sed, de la
cual recibe las más elevadas inspiraciones, que guía por
segura senda á la humanidad, que dá la verdadera sabi-
duria y la única felicidad posible en este mundo, ha-
ciéndonos ver con radiante y vivísima luz esas regiones
misteriosas á que el hombre tiende con tendencia irresis-
tible, porque en ellas está el término de su carrera. «El
cristianismo, dice Mr. Maret en su *Ensayo sobre el Pan-
teísmo*, será siempre la sola filosofía que pueda iluminar
al hombre, y su moral la sola ley que pueda dirigirle...
Será siempre necesario al mundo como la luz y la vida

¿Qué obstáculos se oponen con tanta porfía al
resultado por que suspiramos?

Examinemos de qué se trata, y veamos si
hay razón fundada para desistir de propósitos tan
laudables; si hemos de desechar ese pensamien-
to por largos años acariciado, ó si al contrario
es preciso llevarle con más ahínco á cumplida
realización.

No puede ser nuestra aspiración más legítima
ni más respetable. Componemos una clase pobre,
completamente desheredada, á quien el aspecto
de la miseria, siempre presente á sus ojos, man-
tiene en perdurable inquietud; nos vemos humi-
llados por los vanos y á menudo estúpidos caciques
de los pueblos, que explotan el desamparo
en que el gobierno nos deja desde el punto y
hora en que salimos de las universidades, adon-
de nos atrajo el engaño de un porvenir risueño;
nadie se cuida de las clases médicas, sino es para
vejarlas obligándolas á servicios gratuitos, onerosos
y rodeados de peligros; el escaso valor que
tiene el dinero, ha reducido á menos de la mitad
los honorarios siempre mezquinos con que se pre-
tende retribuir nuestros servicios, y las asigna-
ciones que los pueblos señalan, resultando de
aquí una miseria creciente que forma el más des-
garrador y humillante contraste con la prosperi-
dad general... ¿Es mucho, en una situación como
esta, que pretenda la clase médica mejorar de
suerte? ¿Es mucho que viéndose desamparada, no
teniendo ni aun esperanza de que el gobierno di-
rija hacia ella una mirada de justicia, siquiera
por la relación que sus servicios tienen con la sa-
lud y el bienestar del pueblo, piense en asociarse
contra la miseria, contra el hambre, contra la
mendicidad que aguarda á sus desgraciadas fa-
milias? ¿Se pretende que suframos resignados un
año y otro año, y la vida entera, el horroroso
cúmulo de males que pesa sobre una de las cla-
ses que más protegidas debieran verse por la
sociedad?

Pues nosotros no podemos aceptar ese insufri-
ble y eterno martirio; no podemos prestar ese

misma, y siempre será capaz de dirigir á los hombres, de
conducirlos á nuevos progresos, porque le son propios los
adelantos hechos hasta nuestros días. Un pueblo que obe-
deciera en todo á la doctrina cristiana, en el cual se hi-
ciera toda la aplicación posible de esta doctrina, sería el
pueblo más ilustrado, más virtuoso, más libre, más gran-
de y el más feliz de todos. El cristianismo no condena
sino el mal y el abuso. ¿Cuál es la clase de mejoras y de
progresos que rechaza, ó mejor, que deja de fomentar?
Las ciencias y las artes le son infinitamente deudoras;
pero también se le han manifestado agradecidas. Lo pro-
pio sucederá con el progreso que el porvenir reserva á las
ciencias y á las artes. La industria, como manifestación
del poder humano sobre la naturaleza y como medio
para mejorar y dulcificar la condición del hombre, será
siempre preciosa á los ojos de la religión... El principio
de la igualdad y fraternidad humanas es el principio
evangélico. Solo el cristianismo ha podido hacer respetar
eficazmente la dignidad humana; él solo ha sido capaz de
crear una verdadera justicia social... El cristianismo no
rechaza ninguna forma social; en lo pasado se unió con
las repúblicas lo mismo que con las monarquías; y si el
porvenir es democrático, haciendo alianza con la demo-
cracia, se ocupará en desenvolver los principios de justi-
cia y de caridad. Los enemigos políticos del cristianismo
son las doctrinas antisociales, la anarquía y el despotis-
mo, porque son contrarios á la sociedad.»

Tal es el resumen que dicho autor hace de su refuta-
ción al panteísmo y á los injustos ataques que con disol-
vente filosofismo han dirigido al cristianismo puro los
enemigos de la alta filosofía. Y no se comprende así so-
lamente porque lo afirman hombres ilustres como Maret,
Balmes, Arbolí, G. Luna y todos los más eminentes filo-
sofos, sino porque así lo siente y lo comprende con indes-
tructible convencimiento todo el que haya hecho un lige-
ro estudio sobre la filosofía y la doctrina de Jesucristo.

Esta es, pues, nuestra filosofía; esta es la que ponien-

voto de pobreza, ni sufrir la humilísima situa-
ción á que se nos reduce... ¿Quién ha de privar-
nos de ejercer mutuamente nuestra caridad?
¿Por qué ha de oponerse nadie á que nos aso-
ciemos para socorrernos, para procurar los unos
el bien de los otros, para luchar unidos contra la
hidra de la miseria? ¿Es posible tampoco que
haya quien nos vede cultivar la noble ciencia que
ejercemos en beneficio de la generalidad, y llenar
los deberes de misioneros y guardianes de la sa-
lud pública? ¿Hay algún mal en que procuremos
mayor estimación para nuestros servicios, mayor
consideración y decoro para la clase?

Nunca hemos aspirado á cosas ilícitas, ni
cabe en hombres de ciencia, y de la ciencia más
humanitaria, pensamiento que no se conforme en
todo con el bien general.

Siendo esto así, ¿por qué no llevamos adelante
nuestros proyectos de asociación? ¿Qué causa ha
paralizado el movimiento magnífico de 1855 y
56? ¿Ninguna hallamos invencible; ninguna que
no sea fácil de vencer!

Ahora ofrece el gobierno más ensanche, más
tolerancia y más legalidad que en tiempos ante-
riores: hagamos una prueba á la sombra de esa
legalidad, y de esa tolerancia, y de esa expansión
que se proclama.

Varios medios se nos ofrecen para ello; pero
el mejor es sin disputa el de asociaciones provin-
ciales, bien sea en la propia forma que empeza-
ron á constituirse tres años hace, bien tomando el
nombre de *Colegios médicos*. Segun noticias, el
gobierno ha dado su aprobación, después de oído
el Consejo Real, á los estatutos del colegio médico
formado en Sevilla, y esos estatutos mismos, ya
que han tenido tan buena fortuna, pudieran servir
para crear corporaciones análogas en todas las
provincias de España. Lo que importa es aso-
ciarnos, entendernos, obrar en el sentido del bien
de la clase, siempre en la conformidad mas es-
tricta con las leyes, sin apartarnos jamás de es-
tas ni mostrar tendencia que no sea altamente
filantrópica y ventajosa para la generalidad.

do á la contemplación de nuestro espíritu á *Dios, al
mundo y al yo*, distingue perfectamente estos tres gran-
des objetos como tres puntos distintos aunque relaciona-
dos, sin nunca confundirlos, de los cuales emanan las
ciencias todas siempre bajo su tutela.

¿Acude el hombre á la idea de Dios; piensa y medita en
su inmensidad, sabiduría y poder? Ella le inspira para
remontarse al estudio y reconocimiento de sus altos atri-
butos, y aparece la teología. — ¿Desciende al *yo*, á su con-
ciencia, á su personalidad? Se encuentra de frente con
su instinto filosófico que le conduce á concentrarse en sí
mismo, á estudiar su naturaleza y sus propios atributos
y facultades y á producir la gran ciencia de lo subjetivo,
el *nosce te ipsum*. — ¿Se fija en la idea mundo, en su
historia, en su composición, en sus leyes, en los innu-
merables seres que lo pueblan y en los fenómenos que
presenta? Surgen de su entendimiento multitud de cien-
cias correspondientes á esos grupos de seres y fenóme-
nos, de sustancias y relaciones que la naturaleza ostenta
con profusión para que se saboree la filosofía. — Con efec-
to: si pasáramos una detenida revista de todas las cien-
cias, fácil nos sería ver con toda evidencia que su nom-
bre y su naturaleza los deben á procedimientos filosóficos
que partiendo de la noción de verdades generales, des-
cienden á las especiales que forman el fundamento de
cada una de ellas, ó viceversa. — Si examinamos la polí-
tica, encontraremos que no puede recibir el nombre que
há tiempo pretende si á las relaciones de orden civil que
establece, si á las ideas de buen gobierno, de deber y de
derecho, no acompaña la filosofía como su númen para
guiarla en el complicado estudio que requiere una socie-
dad bien constituida, cualquiera que sea su forma de go-
bierno. — Si entramos en la historia, la filosofía nos saldrá
á recibir si aquella no ha de ser un esqueleto de hechos,
fechas, lugares y personas, lo que rebajaría su nombre
y su objeto hasta el punto de desconocerse á sí misma,
porque á las descripciones sigue siempre el profundo estu-

Aunque parece gastado aquel espíritu que tres años hace encendió los ánimos de nuestros profesores en toda la Península, no puede ciertamente haberse extinguido, y forzoso es encenderle nuevamente, sin que la funesta memoria del señor Lopez Infantes, aciago gobernador que mató la Asociación en la provincia de Segovia, reprima el natural entusiasmo de los médicos españoles.

De la manera que vivimos no es posible vivir mas tiempo: tenemos que asociarnos, que socorrernos, que apoyarnos mutuamente, que marchar unidos en busca del bien de la clase, hermanado del modo más estrecho con el de la humanidad entera. Los abogados, los escribanos, los procuradores, los agentes de negocios, los farmacéuticos y otras clases diversas tienen colegios que cuidan de impedir las intrusiones, de sujetar sus clases a una conveniente disciplina, de prestarse mutuos auxilios y de hacer en comun la defensa de sus intereses, todo con ventajas más bien que con daño de la generalidad... Pues sigamos su ejemplo, y que el reglamento aprobado para el colegio médico de Sevilla venga a ser el reglamento de todas las provincias de España.

Ese reglamento, esa organización puede bastar a satisfacer todas nuestras miras, a llenar todos nuestros objetos, completando lo que falte con oportunos acuerdos de cada colegio.

Por lo tanto, y en el supuesto de que sea más difícil llevar a completo desenvolvimiento la idea de la *Alianza médica*, es nuestro dictamen que los médicos de todas las provincias comiencen a pensar en el asunto, se congreguen a este fin, pidan al colegio sevillano copias de sus estatutos y soliciten del gobierno rejirse por los mismos. Este, que permite a todas las clases colegiarse, que lo ha permitido en Sevilla a los médicos, que lo permitió en el anterior siglo y principios del corriente, aunque pesaba sobre España el poder absoluto de sus monarcas, no podrá menos de autorizar la creación de tan útiles asociaciones, que vendrían a ser un poderoso auxiliar suyo.

¿Qué faltaría hacer despues de establecidos colegios médicos en todas las capitales de provincia y de haberlos organizado convenientemente? Muy poco, y de facilísima ejecución.

Es muy triste haber de perseguir por sendas distintas, años y mas años el mismo pensamiento; pero adviértase que si llegamos a caer en un desaliento completo, quedará consumada para siempre la ruina de la clase médica.

Harto abatidos se encuentran los ánimos para dejarlos en esa funesta postracion, por otra parte exagerada y destituida de legitimo fundamento. Nos bastaría *querer de veras* para conquistar una posicion más decorosa, figurando individual y colectivamente a mayor altura; pero nuestros

miembros se hallan entorpecidos, como los del esclavo, por lo duro del trabajo y el peso de los hierros con que nos dejamos oprimir.

Por nuestra parte cumplimos como periodistas el deber de advertir los peligros y de señalar los medios más oportunos para alcanzar la ventura por que suspiramos.

En España como en Francia, y en todos los países desea la familia médica:

Asistencia,

Proteccion,

Moralizacion;

y no es, ni razonable, ni justo, ni posible que hallen resistencia por parte de un gobierno, tan legítimas, tan sagradas aspiraciones.

Union y voluntad sostenida: hé aqui todo lo que la clase médica necesita para alzarse del abatimiento en que yace.

El Sr. de la Redaccion, R. SANFRUTOS.

QUESTION SOBRE LA MONOMANIA SIN DELIRIO.

RESPUESTA AL SEÑOR CASTELLVÍ.

X.

Fatigados de tan larga polémica llegamos por fin a tocar la parte de la jurisprudencia filosófica, que por incidencia hemos rozado en nuestra controversia sobre la monomania sin delirio; y admirado del nuevo giro que el señor Castellví imprimía a su argumentacion en el primer párrafo de su décimo artículo, inserto en el núm. 223 de este ilustrado periódico, releí aquella parte del mio, a que se refería mi erudito impugnador, y noté con pesar un yerro de imprenta o más bien una errata; pues es demasiado sustancial el trueque de *delito*, que quise decir, a ley que se halla impreso, para no suponer que el error residía en mi escrito original. Este *quid pro quo*, es facilísimo de cometer escribiendo como lo hago yo, a la ligera y a retazos, en los escasos ócios que me permite una numerosa clientela desparramada en aldehuelas y caseríos en el extenso territorio de uno de los concejos más grandes de Asturias; pero lo que es extraño, es cómo mi digno profesor, que debió emplear largas horas de meditacion y estudio en su gabinete, para repasar y arreglar las citas y textos que para definir la ley exhibe, no leyó detenidamente el párrafo que iba a censurar, ni comprendió por la falta de ilacion entre la palabra estampada y la idea a que se aplicaba o hacia referencia, que mediaba entre ambas una equivocacion.

Admitida por mí en el duodécimo párrafo de mi escrito impugnado, la facultad que tiene el hombre de aceptar ó no la norma de sus acciones, que es la ley, y no pareciéndome bastante explicita la definicion del delito dada por Bentham y prohibida por el Sr. Castellví en estos términos: *Un hecho ó la omision de un hecho de que resulta más mal que bien*, expresé los fundamentos de otra definicion exclusivamente mia, y la definicion misma con estas palabras: «Atendiendo a que las leyes han variado con las épocas, y a que las ideas morales de lo justo é injusto han mudado con las costumbres y opiniones de las sociedades, definiré yo... el delito (aquí está la errata), un hecho previsto por el código y cuya transgresion tiene asignada pena. Mi contrincante conocerá que hay muchos hechos que repugnan a la moralidad, y cuya represion no se halla en el Código... (aquí los hechos), y a pesar de que no se

les asigna lugar en sus páginas, de aquellos vicios y acciones resulta más mal que bien.» De lo que se sigue que no fué mi ánimo ni entraba en el espíritu de mi definicion, ni en los fundamentos en que la apoyé, el significar con aquellas palabras lo que por ley debe entenderse, sino lo que yo comprendía por delito. ¿Y cómo había de ser tan sándio que llegase hasta proclamar por leyes a todos y cada uno de los artículos del Código penal?

Probada la equivocacion sobre que gira la argumentacion del Sr. Castellví, me dispengo de valorar las definiciones de la ley que propone, y me detengo solamente en lo del *antitesis* para contestar por última vez a mi erudito impugnador respecto a la fijeza de las ideas morales de lo justo é injusto, que en su concepto ni cambiaron ni pueden cambiar, ideas que son el basamento de toda ley. —Es preciso no confundir el fin científico fundamental de la moral, como lo hace el Sr. Castellví, con las ideas morales de lo justo é injusto: aquel se propone siempre idéntico objeto; estas se hallan sujetas a la apreciacion del hombre, fenómeno comun a las demás ciencias, en las que el objeto final es invariable, al paso que los medios son cuestionables. Asi el fin que se propone la medicina es curar las enfermedades, y cada médico con todo, valora de diversa manera los síntomas, deduce y aplica los remedios, y siempre de buena fé se propone restituir la salud al enfermo. El abogado, más feliz que el médico, tiene en la ley escrita un guía uniforme, que parece no admite discordancia ni diferencia de apreciacion; y con todo, unos se atienen a la letra estricta, otros interpretan su espíritu y en el foro luchan las opiniones encontradas que tienen eco en la conciencia de los jueces, pues que estos de buena fé discrepan en sus fallos. La moral, fundamento de las buenas costumbres sociales, cultivada con esmero por los Sócrates, los Platones y demás filósofos antiguos, codificada por el mismo Dios en el Sinai y esplicada por Jesucristo es, fué y será sentida y apreciada de diversa manera por los hombres, y con todo, el fin que se propone es invariable, pues la felicidad humana a que tiende no puede alcanzarse por otra via. Por lo tanto, si el fin fundamental de la moral y de la equidad no ha cambiado, ni podido cambiar en su fondo, no así en su comprension ni en su apreciacion ni en su aplicacion, que son del dominio de la conciencia pública y privada, y me admira mucho que mi instruido adversario quiera cerrar los ojos a la luz, negar la autoridad histórica y prescindir de la observacion y la esperiencia.

En los tiempos caliginosos de la antigüedad; entre las hordas salvajes que no conocian más lazo que el instinto social, más derecho que el de la fuerza, ni más guía que la natural del egoismo con su contrapeso de afecciones y sentimientos que recibió cada hombre en su organizacion inicial, las leyes para el rejimiento social se resentian de la falta de nociones uniformes de moral. En aquellos tiempos el hombre abdicaba su dignidad, su poder y hasta su vida en favor de su jefe, árbitro absoluto, al que obedecía ciegamente. Santificado el derecho del más fuerte, el estado normal era el de guerra, ya intestina, ya de potencia a potencia. Dada como de derecho natural la explotacion del hombre por el hombre, la esclavitud fué su legítima consecuencia, nunca protestada ni por el vencido ni por el vencedor. ¿Dónde se ocultaban entonces esas eternas nociones morales que ahora nos parecen tan triviales? Los filósofos esforzaron su voz; Jehová eligió un pueblo, al que dió sus diez mandamientos; Jesucristo habló; las nociones morales fueron estendiéndose lentamente sus dominios por medio de la ilustracion: mas a pesar de estos tres raudales, que por su caudal debieron inundar al mundo, la misma humanidad les ha presentado diques tan fuertes, que han sido precisos miles de años para que se hiciesen populares aquellas nociones que hoy forman parte de la educacion de todas las clases sociales. Y a pesar de todo, ¿cómo las comprendemos? ¿Cómo las practicamos?

dio de los acontecimientos humanos, de sus causas, de las diferentes épocas, de su espíritu y carácter, de sus relaciones con sucesos anteriores y los que se preparan en el porvenir para que el hombre aprenda y saque saludables lecciones.

El historiador que se limitara a dar noticia de los acontecimientos que son la parte ostensible, sin remontarse a discurrir sobre las causas ó móviles ocultos a la muchedumbre y sin indicar las consecuencias que puedan producir ó haber producido, sería indigno de aquel nombre mereciendo solo el de simple narrador, porque faltaria a la filosofía que está encarnada en la historia.—La geografía, su inseparable compañera, desprovista de filosofía se reduciría a una descripcion estéril, sin interés, sin alma, sin recuerdos; careceria del carácter elevado que en union con la historia le descubre el espíritu filosófico que tanta importancia da a ambas para el estudio de la humanidad bajo todas sus fases.—La geología sería un cadáver yerto y frio si fuese posible su existencia sin filosofía que es su propia vida, porque es de absoluta necesidad que al estudiar la estructura y composicion del globo, sus revoluciones y cataclismos, se presenten al espíritu del geólogo las poderosísimas é imponentes causas que produjeran tan portentosos efectos en los que se ve impreso el dedo de Dios de una manera que asombra. Y a quien no se admira y no sintiera ninguna emocion en su corazon, y no se agolpasen en su mente mil ideas de grandeza, de pasmo y de poder, nos atreveríamos a preguntarle con estupor si era hombre.—El físico y el químico al estudiar los cuerpos y sus propiedades, sus composiciones y combinaciones, se elevan casi instintivamente al descubrimiento y estudio de fuerzas, leyes y principios que son su filosofía apoyada en su imprescindible fundamento las matemáticas, ciencia de precision, de condensada filosofía, que prueba de una manera maravillosa hasta qué culminante punto es capaz de llegar la razon humana. Si los grandes y sorprendentes dramas que con imponente

aparato presenta la naturaleza no elevan el alma del que se consagra a la física; si los millones de combinaciones, productos y transiciones que ofrece la materia ya en su *natura naturans*, ya en su *natura naturata*, no entusiasman la mente del químico y no sumergen su espíritu en profunda meditacion, nunca la ciencia será de su patrimonio; no serán físicos, no serán químicos, serán meros espectadores.—La jurisprudencia puede decir que es una serie de cuestiones de alta y trascendental filosofía: sin ella las leyes serian solamente bandos del poderoso y condiciones humillantes y confusas de un pueblo, y las costumbres no serian mas que simples actos sin carácter apreciable. El nombre mismo de ley, el de deber y el de derecho serian palabras huecas y sin sentido si el jurisconsulto se limitase, si posible le fuese, a su simple lectura y aplicacion rutinaria. «No se denomina filósofo al jurisconsulto, dice G. Luna, que sabe interpretar las leyes de su país: para merecer que así se le califique es fuerza que apartando la consideracion de los textos legales, investigue el espíritu de las leyes; que comprenda la idea, que tal vez sin tener de ello conciencia, dirigió al legislador al tiempo de formarlas. A la Instituta de Justiniano debe sustituir el libro de Montesquieu.» —La medicina es el termómetro de la filosofía: en todos tiempos ha sido traductora fiel de los sistemas dominantes de los filósofos, porque constantes ambas ciencias en estudiar y conocer al hombre en su conjunto, en investigar las varias influencias de los modificadores así internos como externos, para apreciar debidamente los cambios más leves así del individuo como de la sociedad, no pueden divorciarse ni un instante: ambas se elevan necesariamente de lo observable al principio, acompañándose recíprocamente. Si la una vá al principio sustancial *alma*, al *yo*, y la otra al principio *vida*, van paralelas, ó por mejor decir, unidas indisolublemente, porque en este mundo la *expresion absolutamente necesaria de la primera es la materia con su elemento desconocido que la*

organiza. Ved aquí, señores, como no puede llevarse con propiedad el título de médico sin ser filósofo. El médico que creyera cumplir con su alta y sacerdotal mision solo viendo enfermos, diagnosticando dolencias y propinando remedios para curarlas, sabiendo de memoria todas las partes del cuerpo del hombre, todas las enfermedades a que están espuestas y todo lo que tiende a restablecer la salud, de cierto que andaria muy equivocado. Sobre el empirismo hay la filosofía que mueve al profesor a inquirir las causas de las enfermedades, su naturaleza y asiento, sus relaciones con los síntomas, la teoria de los signos, las condiciones no solo actuales sino anteriores del enfermo, la accion fisiológica y terapéutica de los medicamentos, la doctrina sobre las medicaciones y la gran teoria ó sea la *filosofía de la observacion*, ramo el más importante de la medicina y que más eleva al profesor, porque pone de continuo a su vista multitud de problemas de cuya resolucio no puede dispensarse, y para la cual necesita un constante y asiduo estudio. Y no es solamente el individuo quien reporta utilidad de la medicina filosófica, sino la humanidad entera; porque tanta más seguridad tendrán los pueblos en su longevidad, en las prosperidades agrícolas, industriales y mercantiles, y en su legislacion, cuanto más observen los preceptos de la higiene. Por eso todo legislador que está interesado en dar ó proponer buenas leyes, consulta detenidamente esa parte concerniente a la medicina.—La historia natural, en su mismo nombre lleva la idea filosófica, de la cual nunca puede desprenderse sin suicidarse: su universalidad le imprime el carácter de un profundo estudio y de trascendental filosofía. Si alguno pudiera carecer de disculpa de no tener su alma en continuo éxtasis a la vista de tantas maravillas, sería el naturalista. Del médico, del naturalista y del astrónomo, puede decirse que siempre están conversando con Dios.—El estudio de las lenguas es asimismo altamente filosófico, pudiéndose decir que todo él no es mas que la filosofía en accion.—La filosofía

Díganlo nuestras acciones cotidianas. ¿Valemos por eso más que nuestros mayores, que obraban tan solo bajo el influjo de sus instintos? Acaso menos; porque somos más hipócritas.

Y á pesar de los hechos experimentales, que por su constancia y universalidad indican una natural repulsi6n en nuestra naturaleza humana, que acepta en teoríá, pero que rechaza en sus obras la más sublime educaci6n moral, ¿se obstinará todavíá el Sr. Castellví en sostener la inmutabilidad de las ideas morales de lo justo é injusto? ¿Sustentará la encarnaci6n de estas ideas en la humanidad? Si no nos obcecamos, si desconociendo nuestras propias inclinaciones no nos empeñamos en ser optimistas negando la historia, tenemos que borrar la antítesis y el corolario del Sr. Castellví; porque es innegable que las leyes han variado con las épocas, puesto que no nos rijan ahora las de Licurgo ni las de Sol6n, y que las ideas morales de lo justo é injusto han mudado con las costumbres y opiniones de los hombres; puesto que no existe la esclavitud, hemos abolido los señoríos y proclamado la igualdad en obsequio de esa misma equidad de que blasonamos y que al parecer no existió en tiempo de nuestros abuelos. Y hé aquí que esta conquista de los tiempos modernos es una ficci6n; porque la igualdad no existe, no puede existir, hasta es antipática á las leyes de la naturaleza; y á pesar de las opiniones moralistas de nuestro siglo, la naturaleza completará sus designios. Bajo cualquier forma de gobierno, habrá desigual repartimiento de los dones físicos y morales de los hombres, y desequilibrio de clases y fortunas.

Vamos á la estrañeza del Sr. Castellví, ya porque concedo libertad moral al hombre, ya porque considerando á la verdad moral como encarnada en su cora6n, supongo que nadie podríá faltar á su conciencia. Respecto al primer punto, ya queda esplanado en el núm. 233 de este instructivo periódico; y por lo que atañe al segundo, precisas son algunas explicaciones para disipar su estrañeza y poder juntos hallar salida á este enmarañado laberinto.

Para conseguirlo me es preciso un ligero análisis del 6rgano de relaci6n sobre cuya base descansan mis opiniones mentalistas, y que mi ilustrado contrario no tuvo presente al juzgar mi escrito. El cerebro, 6rgano del pensamiento, lo es también de las pasiones, afecciones y sentimientos de todos los que la inteligencia en sus variadísimas acepciones es el juez y el guía. En la infancia se hallan en rudimento todos esos centros donde radican nuestras propensiones buenas ó malas, y por eso la educaci6n tiene tan marcada influencia para el porvenir del hombre. No obstante, en determinadas organizaciones son tan prepotentes ciertas y determinadas inclinaciones, que en tales individuos se estrella constantemente la más esmerada moral y honrada educaci6n. Los filósofos advirtieron hace tiempo esas íntimas é innatas inclinaciones al bien y al mal; pero las opiniones animistas, siendo lógicas con su origen, admitieron tentaciones y espíritus tentadores, como causas de las malas acciones, y espíritus benéficos consejeros de las buenas obras, prescindiendo completamente del móvil 6rgánico de nuestro modo de ser, de sentir y obrar. La fisiología, prescindiendo de la intervenci6n estraña de seres invisibles en nuestras acciones, buscó, como no podía menos, el motivo de ellas en la organizaci6n fundamental, y observando y comparando logró formar un cuerpo de doctrina que conocemos con el nombre de frenología. No me declaro campeón de esta ciencia en sus formas actuales, ni apoyaré el que haya acertado á localizar y clasificar los móviles de la iniciativa del hombre; pero en el fondo acepto completamente las ideas que sirvieron de origen á su doctrina. Hé aquí la clave que el Sr. Castellví necesitaba para comprender mis explicaciones, que tanto le han dado que pensar sin poder encontrar salida. Examinemos ahora juntos la cuesti6n y veamos si es tan enigmática como ha parecido á mi leal adversario.

misma, en fin, se ha impuesto reglas y se ha sometido á su propia ley universal, estableciendo la filosofía de la filosofía.

Y si descendemos de esas alturas para ocuparnos de cosas que parece nos pertenecen tanto á lo intelectual, y entramos en la regi6n del sentimiento, también aquí encontraremos necesariamente la filosofía, pues ya hemos dicho que todo le pertenece. — La música, la pintura, la escultura, la arquitectura, ¿qué son sin la estética? ¿qué sin la elevaci6n del sentimiento? ¿qué si les falta el soplo filosófico? ¿por qué, si nó, se llaman bellas artes? El músico que no sienta enardecerse su alma, que no sienta conmoverse las fibras todas de su cuerpo, que no se entusiasme su sentimiento trasportándole á una regi6n divina al pulsar ó al oír los armónicos acentos de un instrumento ó de un suave canto, que no comprenda los claros y oscuros de ese arte sublime, ese hombre nunca será músico; tendrá su alma envuelta en pliegues de algodon; la filosofía del sentimiento espirará en sus manos.

Las demás bellas artes nos ofrecen la misma reflexi6n. Imitadoras de la naturaleza, han procurado aventajarla; y si lo han conseguido ha sido á favor de la filosofía, que impulsa los grandes génius á la realizaci6n de un bello ideal, y al tránsito de lo bello á lo sublime. ¿Queréis conocer, decia un sábio observador, el grado de cultura y civilizaci6n de un pueblo? Contad sus poemas épicos. — Habla, dijo entusiasmado el gran Miguel Ángel á su estatua de Moisés, dándole un martillazo; habla, que es lo único que le falta. En esta enérgica expresi6n encontramos recopilada toda la filosofía del gusto.

No seguiremos en nuestro exámen por no fatigar la atenci6n de tan benévolo auditorio. Diremos en resumen: que siempre, en todos nuestros pasos, en todos nuestros pensamientos, en todas nuestras palabras, en todos nuestros actos, por insignificantes que parezcan, encontramos la filosofía, ora la llamemos natural, moral, religiosa, social, política, médica, de la legislaci6n, de las ar-

Habiendo cuestionado yo en mi primitivo escrito, si el delito por sí no supone una aberraci6n mental en el que lo comete, fundándome para ello en la buena tendencia primordial, que la filosofía supone en la conciencia humana, y también en el temor á los castigos con que la ley conmina á los criminales, aquella y estos normalmente capaces de contener al hombre en el límite de sus deberes, mi erudito comprefesor resolvió negativamente esta pregunta con copia de razones que no son de este lugar. Para justificar yo que estaba en su lugar esta cuesti6n, que acaso y sin acaso le pareció absurda, senté los dos considerandos que parecieran al Sr. Castellví todavíá más oscuros é impertinentes que la susodicha pregunta, si bien en el mismo párrafo pudiera haber hallado razones bastantes para no haber tenido que discurrir tanto como afirma, si hubiese querido justificar el valor que todavíá yo las concedo.

Con efecto: supuestas la organizaci6n y la educaci6n como las dos condiciones precisas del bien y el mal obrar, si la moralidad pasase de ser un sentimiento de nuestro 6rgano inteligente y la conciencia una de las multiplicadas acepciones que recibe nuestra raz6n en el ejercicio de su potestad consultiva; si la idea moral en vez de ser adquirida como todas las demás, fuese innata, increada, incrustada en nuestra carne; si fuese tan obligatoria como las necesidades impuestas por Dios á nuestros primeros padres cuando les dijo, creced y multiplicaos y llenad la tierra; si fuese cuando menos una verdad absoluta, matemática, indeclinable é incuestionable, ¿no la sentirían todos los hombres de la misma manera? ¿No sería entonces la moralidad un instinto ó una pasi6n más fuerte que el egoísmo en todas sus significaciones utilitarias? Y entonces, los que faltasen á la moral, ¿no serían tan locos como los suicidas ó los que tirasen sus tesoros por la ventana? Por desgracia (concluyo en ese párrafo ininteligible para el Sr. Castellví) no es así, y como cada uno segun su organizaci6n y educaci6n comprende sus deberes sociales y morales, se necesita la ley, pauta de los deberes, y el juez que pese las acciones de los hombres, califique los delitos y aplique la pena en proporci6n á la escala de penalidad, á cuyas razones nada contesta, limitándose á las siguientes preguntas: ¿Pues qué, el hombre que comete un asesinato á sangre fría, el hijo que con toda premeditaci6n mata á su padre, la madre que con pleno conocimiento y previa deliberaci6n ahoga á su recién nacido, no lo hacen á despecho de la moral, que ven ante sus ojos y que sienten en su cora6n y con plenísima conciencia de lo que practican? ¿Dónde está la locura? ¿Y dónde estaría la libertad si no supieran que van contra su conciencia? ¿Dónde despues los remordimientos? — Precisamente, Sr. Castellví, porque la moral no es su más fuerte pasi6n cometieron esos crímenes. Casualmente porque sus perversas inclinaciones, hijas de su desgraciada organizaci6n ó la falta de educaci6n del 6rgano moral, ó un falso raciocinio anulaban las ideas morales que la sociedad tiene admitidas, faltaron á sus deberes esos desgraciados. ¿Y quién dice que estén locos en la acepci6n recta de esta palabra? Locos serían, si la moral estuviese incrustada en su sustancia, si la idea moral fuese innata, si la verdad moral fuese absoluta y á pesar de todo la negasen. Si esos criminales, olvidando los rígidos preceptos de la moral se han abandonado á los impulsos de sus depravados instintos; si han cedido á un errado raciocinio ó se han entregado con vivísimo pesar á las sugerencias de la vergüenza, la que para ocultar una falta les instigó á cometer un crimen, nadie negará que han tenido para obrar cierta libertad; que pudieron evitar el crimen, mas una vez que triunfaron sus malas pasiones debieron contar con las resultas de su acci6n, aunque para perpetrarla no hayan previsto la pena. Y además de sufrir la que les imponga la justicia humana, creo con el Sr. Castellví, que si el criminal no es endurecido, si ha cedido á un error del momento, sufrirá los reproches

tes, etc., etc.; porque va siempre con nosotros, cuyos diversos aspectos de un fondo comun creemos poder resumir en los corolarios siguientes:

1.º Pues que la filosofía se ocupa en el estudio de todos los fenómenos y objetos de la naturaleza con respecto á su existencia, á las causas que los producen y á las relaciones que los unen, siguese que es la ciencia universal.

2.º Pues que entiende en el exámen, conocimiento y raz6n de las ideas fundamentales de todas las ciencias, siguese que no puede haber ciencia sin filosofía.

3.º Pues que todas las ciencias tienen por objeto el conocimiento de la verdad, pero de la especie de verdad correspondiente al 6rden de materias de que cada ciencia trata, siguese que todas las verdades le pertenecen.

4.º Pues que todas las artes se proponen el perfeccionamiento y la realizaci6n del 6rden estético, siguese que la filosofía las es necesaria.

5.º Pues que Dios ha fundado la verdad, como emanada de su propia esencia para el género humano, con objeto de que la conozcamos por medio de la raz6n, siguese que la existencia de todas las verdades sería problemática para el hombre si la filosofía fuese falaz.

6.º Pues que el investigar la verdad está en la naturaleza del hombre, siguese que la filosofía nace con él y le guía irresistiblemente en todos sus estudios.

Creo que, aunque con tosco pincel, he rasgueado lo más culminante de mi pensamiento sobre el origen, importancia é influencia de la filosofía y sobre el lugar que debe ocupar. Con vuestra mente, señores, yendo delante de mi palabra, sin hacer alto en su rudeza, habeis comprendido más de lo que haya podido decir, y habeis aspirado con delicia el recuerdo de lo que ha formado vuestro especial estudio, trasportándoos con el pensamiento á ese mundo espiritual y filosófico á que conducen las ciencias, en el que tanto os habeis regocijado en beneficio de la humanidad y vuestro.

de su raz6n, que libre ya de la pasi6n fatal que le precipitó al crimen, se levantará en forma de conciencia á atormentarle más ó menos, segun los puntos que calce su sentimiento moral y segun la firmeza de sus ideas religiosas.

Mas estos resultados de las malas acciones, no invalidan de ningun modo la tésis que vengo sustentando, así como tampoco el que los criminales sepan á lo que se esponen, cuando se proponen la comisi6n de un delito, ni el que confiesen despues de perpetrado que obraron mal. Al contrario, estos hechos demuestran, que por sobre la certeza del mal obrar, del temor al castigo y de los gritos tardíos de la conciencia, y aun á pesar de esas reglas de las acciones que el Sr. Castellví llama fijas y que no proceden del arbitrio del hombre, hay en este móviles más activos, más fuertes, más imperiosos que los anteriores, puesto que hay hombres criminales y lo son por causa de los predichos móviles. Y pásmese el Sr. Castellví: casualmente el egoísmo representado por las pasiones ingénitas, no contenidas á tiempo por la raz6n ó desequilibradas por una causa especial, es ese móvil victorioso. Y á pesar de eso, contra la opini6n del Sr. Castellví son muy lógicos los remordimientos; y la sociedad, custodio del 6rden y de los deberes y derechos legítimos, tiene el de hacer reconven- ciones al criminal.

Efectivamente, siendo la sociabilidad la primer necesidad del hombre, es indispensable que las pretensiones del egoísmo individual se rebajen al nivel del derecho comun. Y si no fuese así, si el desbordamiento de las pasiones egoístas no existiese, si la moralidad fuese la regla fija de las acciones de todos los hombres sin que pudiésemos considerarla y aplicarla á nuestro arbitrio, ¿qué falta hacían las leyes? ¿qué las nociones y reglas morales? Y si el egoísmo fuese impotente, ¿qué pretesto habríá para faltar á los derechos ajenos? Desgraciadamente las leyes, salvaguardia del hombre honrado y pacífico, vienen con su existencia á arrebatarnos esta ilusi6n, demostrándonos esta desconsoladora verdad: hay delitos y delincuentes, á despecho de las reglas fijas de nuestras acciones. Veamos como son posibles los remordimientos, aunque haya olvidado el hombre la moral arrastrado por otros móviles más poderosos. Supongamos que un hombre arrebatado de la ira comete un asesinato. Este hombre, educado en una religi6n que prohíbe el homicidio; este hombre que descorrido el velo de la pasi6n conoce que faltó al impulso afectivo, que en el estado de reposo de las pasiones nos lleva natural y espontáneamente á amar á nuestros semejantes, ¿qué estraño es que se arrepienta, que tenga remordimientos, que se delate y que quisiera aun á costa de su sangre redimir la victima que acaba de inmolár á su furor? Pues que el asesino sea un bandido; un hombre ó más bien una fiera, endurecido en el crimen; uno de tantos malvados que ni creen en Dios ni temen al diablo, que han declarado la guerra á la sociedad y que pasan una vida febril entre el delito y la orgía. ¿Será idéntico el efecto que produzca el homicidio consumado en este homicida que en el anterior? De ningun modo: aquel llora su estraño, este lo celebra con sus camaradas; aquel se delata, este niega ante la justicia; aquel confiesa su delito aunque su temor trate de atenuarle, este, si no puede contradecir las pruebas del asesinato que le abruma, trata de desorientar al tribunal á fuerza de los mil ardidés y astucias que conocen estos eternos procesados.

Y con todo, para ambos había una regla fija de sus acciones independiente de su arbitrio, que atendiendo á la doctrina del Sr. Castellví debia producir idénticos resultados y que realmente los produce bien opuestos. Y en ambos casos, ¿con qué pretesto se ha de negar á la mal llamada vindieta pública, porque la autoridad no se venga sino que juzga en uso de su soberanía, con qué pretesto, digo, se la ha de contradecir el derecho de reconvenir y castigar á ambos reos, habida proporci6n entre los móviles y circunstancias del homicidio? Porque el egoísmo

Y vosotros, apreciables alumnos, que habeis entrado en el templo de la ciencia, habeis podido vislumbrar en lo poco que acabais de oír, lo sublime de vuestras aspiraciones y el gran deber que habeis contraído de aplicar todo vuestro talento á progresar en el camino de la ilustraci6n, siguiendo siempre la voz de la filosofía y de la religi6n, escuchando con toda vuestra atenci6n las sábias y provechosas lecciones de vuestros dignos catedráticos, y teniendo siempre en la mano y en la mente los autores de vuestras respectivas asignaturas. Así podreis alcanzar la verdadera sabiduría, que consiste en conocer á lo último de nuestra jornada los límites de la raz6n y lo ilimitado de las ciencias; así progresareis: mas no creais que este progreso sea indefinido, no; porque tal creencia os precipitaría en un abismo: no olvideis que la vida del hombre es una serie no interrumpida de avanzadas y caídas; que la humanidad describe constantemente un círculo dentro del cual cabe todo el gran poder de la raz6n, círculo estensísimo, muy vasto, casi inmenso; pero no lo es, porque tiene límites, y más allá de esos dilatados límites están los escollos. — No perdais de vista que la sabiduría tiene por compañeras inseparables la modestia y la dignidad, que no debe confundirse con el orgullo y la soberbia, enemigos irreconciliables de la verdadera ciencia. Tened asimismo presente que con mucha aplicaci6n, tanto ó más que con un gran talento, podreis un día dar cima á vuestro noble propósito; que la aplicaci6n es de absoluta necesidad para no defraudar las esperanzas de vuestras familias, de vuestros padres á quienes tantos desvelos y sacrificios costais, de los maestros que tanto se esfuerzan en ilustrar vuestra inteligencia, y de la patria que tiene derecho á esperar todo de vosotros.

Gerona 16 de setiembre de 1858.

Francisco Castellví y Pallarés.

sea nuestra primera y más natural pasión, ¿se deduce de aquí que deba ser respetado, si salva la barrera de la conveniencia recíproca de los hombres en sociedad? Porque la idea moral no sea verdad absoluta, porque ciertos reos mal educados desconozcan sus nociones, porque las hayan olvidado, ¿sería admisible el descargo de ignorancia en un país como el nuestro? ¿Habrá en él quien entienda que la moral consista en robar y asesinar? Quéde-se eso para los fanáticos estranguladores de la India, que han elevado un altar al homicidio, pues á tanto llega la falsa apreciación de la moral, una é indivisible en todas sus consecuencias é idénticamente grabada en toda criatura humana, según el Sr. Castellví, ó para los bárbaros habitantes de la Oceanía, ladrones sin remordimiento ni respeto á la verdad moral: pero es sacar una extraña consecuencia de mis doctrinas el suponer, que porque sea el egoísmo la primordial pasión del hombre y las nociones morales una de tantas guías del bien obrar, sujete á la graduación de sentimiento moral de cada hombre, deba seguirse de aquí, que todo el mundo es libre de dar la dirección que quiera á su individual autonomía. Dejémoslos de espantos y admiraciones, Sr. Castellví: suponiendo que hemos recibido de Dios, Vd. y yo, buen corazón, recto juicio y tendencia al bien, de aquí no se sigue que debamos juzgar á la humanidad sino tal cual es. Todos los hombres estamos moralmente compuestos de esa amalgama, de esa levadura del bien y el mal; y á pesar de que preponderan en general nuestras malas inclinaciones, si una buena educación no las reprime en tiempo, las circunstancias lo hacen todo respecto al individuo; y como asenté ya en el núm. 186 de esta publicación, *el hombre más criminal y vicioso suele tener momentos en que es capaz de las acciones más nobles y elevadas, y no existe malvado endurecido que no tenga su especie de honradez, ni hombre honrado y de buenas costumbres que no tenga en su conciencia alguna mancha que le avergüence.*

Es innegable que existen hombres mal educados, ya porque sus padres les han contemplado y aun celebrado por gracias infantiles sus travesuras, ya porque les han criado bajo el influjo de malos ejemplos, alentando y educando su dañina intención. Que los hay de pasiones fuertes, es de observación diaria. De tendencias orgánicas perversas, es cosa corriente. ¿Por qué otro motivo había de robar un hombre rico? ¿A qué otro móvil pueden atribuirse tanto número de asesinatos cobarde y friamente perpetrados, como nos comunica diariamente la prensa periódica? Y si los móviles de nuestras acciones residen en nuestra esencialidad orgánica, ¿qué extraño es que la amalgama antitética del bien y del mal, prepondera en algunos en perverso sentido? Y en este caso, puestos en la ocasión estos desgraciados, ¿no serán avasallados por una atracción, que su razón, aun ilustrada por la educación, no podrá contener? Y la costumbre, que tan poderosa es y tanto influye en las acciones del hombre, de manera que de la primera falta se eslabona la segunda y así sucesivamente, ¿no multiplicará en estos infelices la propensión natural á hacer mal? ¿Y puede dudar nadie que estos criminales por instinto son los más peligrosos, puesto que ni las lágrimas ni los ruegos les ablandan y solamente el miedo es capaz de contenerlos? ¿Y sus crímenes no son actos casi irresistibles?—No he pintado un cuadro puramente de imaginación, Sr. Castellví. Estos tipos existen: véanse las crónicas de los tribunales. Por fortuna y honra de la humanidad, estos son las excepciones; no la regla general de la especie. Y consiguientemente no está en su lugar la observación del Sr. Castellví, que suponiendo que caí en contradicción, me recuerda que conviene en que, si los motivos que mueven la voluntad á obrar, como dejen lugar á la deliberación, nunca son tan fuertes que la arrastren á pesar suyo. Si señor, esa es la regla general; pero cree el Sr. Castellví que aquellos criminales reflexionan, sino en la manera de preparar y cometer el delito impunemente? No señor, conciben una bellaquería; y sin reflexionar si su acción está ó no ajustada á las reglas y nociones morales, la llevan á cabo; así es que no hacen uso de su racionalidad sino para combinar maldades y desorientar á la justicia humana. Y no están locos en la acepción recta de esta palabra: mas á pesar de esto se encuentran en condiciones excepcionales, diferentes de las circunstancias normales de la generalidad.

¿Pero son penables los crímenes de estos bandidos? Al Sr. Castellví le ha parecido chocarero el símil del lobo carnívoro: y yo no hallo mejor comparación entre el instinto sanguinario del hombre feroz y la cruel cobardía del lobo. Mi ilustrado compensor niega completamente al lobo inteligencia, y en esto es consiguiente con sus opiniones psicológicas; pero de hecho el lobo rivaliza con el hombre dotado de razón, en astucia para poder á mansalva satisfacer sus instintos sanguinarios. He dicho, repito y sostengo, que mentalmente hablando el hombre es el epitome y complemento de cuanto encierra el reino animal, pues tiene y encierra en sí las pasiones, instintos y afecciones, que se hallan repartidos en el largo catálogo de los animales: y no solo los frenólogos lo reconocieron así, sino que antes que se intentase explicar por las eminencias del cráneo las tendencias é inclinaciones del individuo, los fisiólogos, por las actitudes y rasgos del semblante, quisieron determinar las propensiones de los hombres. Sin conceder ni á la frenología ni á la semblanza un valor absoluto, sabemos y es de observación universal que los hombres se distinguen entre sí en sus tendencias sobresalientes, y que siempre hallamos un símil en el reino animal á quien comparar las inclinaciones individuales: por lo que decimos de un quidam, vano como un pavo real, magnánimo y bravo como un león, astuto como la zorra, puerco como un lechón, fiel como un perro, cobarde y feroz como un lobo, con cuyos malvados instintos comparé yo los de un hombre cruelmente bajo y sanguinario. Si acerté ó no en la aplicación de este símil lo dejo al criterio de nuestros lectores; solo sé que este giro es en la locución y en la escritura, de uso común y estilo cor-

riente. Volviendo á la penalidad digo, que siguiendo los principios de la equidad no son dignos de perdon esta clase de criminales, no tanto en consideración al móvil que les impulsa al mal, cuanto al daño real que pueden causar á la sociedad, del mismo modo que una comarca se arma contra un lobo ó una manada de ellos y los destruye ó ahuyenta, teniendo presente los estragos que causan, pero sin inquirir la razón de sus malos instintos. En realidad no es el hombre responsable de sus tendencias naturales, puesto que estas son hijas de su viciosa organización: mas la sociedad no debe tampoco sufrir las consecuencias de sus pasiones estraviadas. No son dignos de perdon; no deben alternar con los demás hombres; aplíqueseles la secuestación celular, y que los sentimientos humanitarios nos impidan condenarles á muerte, como miembros gangrenados del cuerpo social.

He procurado *atar los cabos* para hacerme inteligible á mi digno compensor. ¡Ojalá lo haya conseguido! Respecto á lo que dice de mis doctrinas, *que tanta superioridad le dan sobre mí*, no puedo retirarlas interin no aduzca aquel otras razones más palpables y convincentes. Y siento verdaderamente que su generosidad haya sido tanta, que ocultando sus medios de persuasión, no haya usado de sus ventajas; porque mi deseo es encontrar la verdad, y ningún interés tengo en sostener mis opiniones, una vez que yo acierte á reconocerlas erróneas.

Admito las escusas del Sr. Castellví y la retirada que hace de cualquier espresión fuerte que haya empleado en sus escritos; y á mi vez reclamo su indulgencia con relación á las faltas que la viveza de mi genio me haya obligado á cometer. Siento con todo que su cortesía haya dejado por alto muchas contradicciones, que dice cometí en mis dos artículos primitivos; pues podría haber dado yo mis razones y con ellas probar acaso, que la contradicción era más aparente que real, según demostré en las que me apuntó, ó por el contrario reconocerlas y confesarlas, si no ofrecían disculpa. Me consuela algún tanto el advertir, que todos tenemos nuestros descuidillos. *Alícuando dormita Homerus.* No solo se advierten también contradicciones en los escritos de mi erudito adversario, sino que reconociendo yo su mérito, como buen hablador, hallé á pesar de eso en ellos errores gramaticales y alguno de mucho bulto. Abundo en el modo de pensar del señor Castellví relativamente al decoro con que debe conducirse una polémica literaria. Y por último, con la efusión más íntima de mi corazón, acepto la amistad que me ofrece, y deplorando no poder estrecharle corporalmente la mano lo hago con el pensamiento, ofreciéndole mi insignificante y casi nulo valimiento en este retirado rincón de Asturias.

Pola de Siero y agosto de 1838.—HIGINIO DEL CAMPO.

Constitucion médica del año de 1857.—Aldehuela de Yeltes.

Continuación.—(Véase el número 251.)

Antes que pase á otro asunto, y al ocuparme ahora de fiebres intermitentes epidémicas y desarrolladas bajo el influjo de una constitución atmosférica, voy á consignar mi opinión en lo que respecta á su manera de producción y á su trasmisión por contagio. Tuvo este pensamiento su origen en algunos hechos muy curiosos, y al decir de Chinchilla, referidos por Cibot, médico español, y Lanter, alemán. En ellos se espresa perfectamente la idea de contagio por infección, cuando afirman que individuos enfermos transmitieron la enfermedad, primero á los que les rodeaban, y seguidamente al resto de una población sana hasta aquel entonces. En este mismo periódico se han espuesto de igual modo hechos y razonamientos que se dirijian á probar lo mismo, y sin embargo de unos y otros, habida razón de la manera íntima de la producción de estas dolencias, me inclino más á creer en el no contagio, no solo de esta, sino que también del mayor número de enfermedades. Que en una localidad hasta entonces libre del padecimiento, se presenta un sugeto atacado, y tras de aquel lo son muchos otros de la misma: esto, ¿qué prueba? ¿Se halla tan bien estimada la causa íntima de las referidas fiebres, que no puede explicarse su producción de ningún otro modo? Al discurrir así, ¿qué otra cosa se hace mas que pensar con arreglo á la desacreditada lógica del *post hoc ergo propter hoc*? Supónese con fundado motivo que la acción de los efluvios pantanosos sobre el organismo sea la ocasión de las intermitentes; pero aun falta que analizarles con precisión, y averiguar hasta qué punto se estiende su acción, y qué circunstancias son indispensables para su producción: sin esto es escusado cuanto hoy se diga respecto del pretendido contagio de esta enfermedad. Porque no es exácto que las fiebres intermitentes se padezcan solamente en lugares pantanosos, nada de eso: una temperatura seca y muy elevada se dice á propósito para su producción, y también lo son los cambios muy marcados de temperatura, como igualmente algunos restos de animales en putrefacción. Y si esto, como hay ocasión de observar, es exácto, ¿en qué localidad, por infinitos cuidados higiénicos que se empleen, dejarán de observarse tal cual vez algunas de las referidas causas? *Entia non sunt creanda præter necessitatem*, decía Ocam; y por mas que, con efecto, sea muy sencillo

suponer un agente que se desarrolla en el hombre enfermo con motivo de la enfermedad que le aqueja, y que es susceptible de convertirse en la ocasión del mismo mal si se trasmite desde un organismo enfermo á otro sano, ¿cuántas hipótesis, con bien escaso fundamento, no se encierran en esta, á primera vista, ligera suposición?

En resumen: no está bien averiguada la causa próxima de las calenturas intermitentes; son más comunes en algunas localidades, en las lagunas Pontinas, huerta de Valencia, canal de Madrid, etc., y es evidente hoy en día que de las aguas cenagosas se desprende una sustancia que las dá origen; pero no ella sola, pues en parajes no pantanosos también se observan, de donde es preciso deducir que el efluvio es susceptible de trasladarse por el aire ú otro vehículo á muy largas distancias para producir aquellas, ó lo que es más probable, que se desarrollan bajo el influjo de otras circunstancias; y si hubiéramos de consignar las que señalan los piretólogos, sería un trabajo infinito, del cual hacemos gracia á nuestros lectores, puesto que le encontrarán si gustan en cualquier tratado de fiebres intermitentes.

Luego si todas y cada una de estas causas explican suficientemente la producción del mal, ¿por qué sacar á colación la idea de contagio, ente de razón, que solo sirve para introducir absurdos en el ánimo de los que rodean al enfermo? Por lo demás, las calenturas intermitentes á que me refiero, aunque epidémicas (bien raro habrá sido el pueblo que no haya experimentado este azote en la provincia de Salamanca), no tuvieron cosa que hiciera sospechar el pretendido contagio; cierto que todos los individuos de muchas familias las padecieron; ¿qué mucho, empero, cuando las condiciones que les rodeaban eran idénticas? Repito, pues, que el estudio concienzudamente hecho de los efluvios y demás circunstancias necesarias á su desarrollo, hará relegar al olvido la idea de contagio como un medio de su producción. ¿Cuenta desgraciadamente la ciencia tantas hipótesis, *flatus vocis*, que solo á embrollarla conducen!

Fiebres continuas de esta constitución.

Menos en número que las de que nos hemos ocupado (por más que en algunas localidades determinadas fueran casi únicas), se acompañaban de síntomas perfectamente idénticos á los que hemos dicho complicaban las intermitentes. La escena comenzaba por calofrios, dolores contusivos en los miembros y cefalalgia más ó menos intensa; tras de estos anuncios presentábase una acesión de calentura, y el enfermo tenía mucho calor, sed, inapetencia, lengua saburrosa, vientre dolorido, ligera tensión en el epigastrio é hipocóndrios, cefalalgia; estos síntomas continuaban graduándose hasta el tercero ó cuarto día por accesiones vespertinas, simulando una calentura remitente; desde este tiempo los síntomas cerebrales se exacerbaban, presentábase delirio, y de igual suerte continuaban hasta mitad del segundo setenario en que se presentaba el colapso; la lengua entonces se veía seca, encendida, resquebrajada, la sed era muy intensa, el vientre meteorizado, estreñido, y las deposiciones, cuando se ejercían, de materiales biliosos; delirio bajo, comunmente estupor, postración; cuando á estos síntomas seguía la sordera, la terminación muy frecuentemente era buena, y se anunciaba por la disminución gradual de los síntomas espresados; la convalecencia empezaba desde el tercer setenario; si el estupor, no obstante, iba en aumento, y había saltos de tendones, carfología, mayor meteorismo, la lengua más resquebrajada con lentores *circa dentes*, el éxito era fatal; ocurriendo en el transcurso del tercer setenario, no fué el más común felizmente, aun en poblaciones donde reinó epidémicamente.

El tratamiento más comunmente empleado fué el evacuante en los primeros días; con las sangrías generales se subvenia á las indicaciones que el elemento inflamatorio exigía; inmediatamente despues administraba la ipecacuana, y á beneficio de los espresados medios y de la dieta absoluta y del agua fria en abundancia, logré hacer que la enfermedad desapareciera muchas veces en el primer setenario; se presentaban, empero, los desórdenes referentes al sistema nervioso, y ya entonces hacía uso de las limonadas (cítrica, tartárica ó sulfúrica), y si no bastaban y las señales de colapso sobrevenían, administraba el ópio; si el desfallecimiento (adinamia) era muy notable, y si el desórden (ataxia) era el predominante, el alcanfor maridado con el sulfato de quina me produjo excelentes resultados en ocasiones. Los revulsivos fijos, crudamente censurados por la escuela italiana, no me han parecido tan perjudiciales como dicen serlo Brera y Giacomini en estos padecimientos, por más que de su uso no obtuviera los buenos resultados que esperaba: no encuentro por lo tanto en ellos méritos suficientes para

el abuso que de los referidos medicamentos se está viendo casi constantemente.

Tales han sido las circunstancias que acompañaron estas fiebres, y por lo que dejó consignado sería bien difícil asignarlas un lugar en los cuadros nosológicos: la clasificación más generalmente admitida, en las obras didácticas por lo menos, es la de la escuela francesa, según la cual, una calentura que no sea simple como la efemera ó la inflamatoria, ó eruptiva como la de la viruela, del sarampion, escarlata, etc., tiene indispensablemente que incluirse en el número de las calenturas tifoideas. Basta repasar los caracteres de las que he descrito, y no se avienen seguramente con los que se asignan á cualesquiera de aquellas: ¿luego no eran fiebres primitivas? ¿luego debieran incluirse en el número de las fleugasmas legítimas? Por mas que quisiéramos forzar los hechos dando á las sinergias morbosas la importancia que la escuela de Broussais, tampoco se asemejaban estos padecimientos á la encefalitis, meningitis, gastro-enteritis, duodeno, hepatitis, etc., etc.; á las fleugasmas, en fin, de los órganos cuya funcion no se ejercía cual debiera. Luego la enfermedad de que nos ocupamos tampoco era de índole fleugmática, solución á que habria de conducirnos la lógica del sentido comun.

Y no se diga que las observaciones fueron mal hechas, antes bien dominado por la idea de que el padecimiento fuera en efecto una fiebre tifoidea en cualesquiera de sus diferentes formas, impresionado además por la lectura de obras francesas, como igualmente por las doctrinas que más corrientes son en esa facultad, me parece más natural que el cuadro sintomático, caso de observarse con ánimo preocupado, lo fuera en el sentido de aquellas doctrinas; era tal, sin embargo, como queda descrito, y de serlo así, claro es que no se trataba de fiebres tifoideas, puesto que los síntomas que se dicen caracterizarlas mejor no se observaban; las frecuentes epistaxis, las petequias, sudamina, zurrido en la fosa iliaca derecha, nada de esto habia; por lo demás, repito que al consignar los síntomas de las referidas fiebres he procurado copiar fielmente á la naturaleza, descartando solamente aquello que he juzgado se debía mas especialmente á la manera de ser del sugeto enfermo.

No tienen pues un lugar correspondiente en las modernas clasificaciones, y como no pretendo haber descrito enfermedades no observadas antes de ahora, preciso será que averigüemos si en otras clasificaciones puede asignárselas un asiento que las pertenezca.

En las obras de Boerhave, de Pinel y de Hufeland, se encuentran efectivamente señaladas con la denominación de *fiebres biliosas*, enfermedades que son perfectamente análogas á las que he descrito, y los mismos síntomas, la misma marcha, igual tratamiento ó idénticas terminaciones presentaban las *calenturas ardientes esquisitas* que Piquer describe con tanta exactitud. Posteriormente Boisseau describía en su piretología las *fiebres gástrico-biliosas* que tambien se parecían á las de que ahora nos ocupamos; despojando á este célebre escritor del sobrante de fisiologismo en que su época le hizo incurrir, demuestra en su obra un buen criterio, y compila de una manera bastante exacta cuanto en la materia se habia dicho; pero el mismo, que como Broussais, su célebre maestro, no se atrevió á borrar de una plumada las fiebres del gran catálogo de enfermedades, no halló en la ciencia el entusiasmo con que fueron acogidas las pretensiones de su contemporáneo Louis.

Es verdad, como quiera y por lo que dejó espuesto, que anteriormente cuando se observaba la naturaleza, y sin idea alguna preconcebida se describían enfermedades como las que enseña la práctica, lo que hoy no sucede, y sin que mi ánimo sea hacer de la fiebre tifoidea un ente de razon elaborado en el silencio del gabinete, conforme á la opinion, para mí respetable, del antiguo decano de la Facultad D. Bonifacio Gutierrez, pienso con el mismo que no hay razon suficiente para asimilar bajo una misma denominacion enfermedades esencialmente diferentes, como el tifus carcelario, la sinoca pútrida, fiebre adinámica, pútrida, atáxica; y diferentes como son en sus causas, en sus manifestaciones morbosas, en sus productos patológicos, y por último, más que nada interesante, en los medios de tratamiento de que han menester, debe por lo menos hacerse grupos morbosos distintos de enfermedades que hoy en día se pretenden unas, por más que haya lugar de observarlas perfectamente desemejantes.

Por todo lo espuesto, y porque además las calenturas esenciales como antes llamaban, primitivas que ahora decimos, abundan tanto, que los enfermos que más comunmente se observan, lo son por aquellos padecimientos, no me ha parecido inoportuno llamar la atencion de

mis comprofesores hácia el estudio de las calenturas, no terminado ni por solución con lo que hoy en día se tiene como axiomático por los encomiadores de la fiebre tifoidea, tal como la entienden Louis y demás escritores franceses. Al embolismo de la escuela galénica quiso sustituirle primero con la gastro-enteritis, luego con la fiebre tifoidea, entidades una y otra que halagaban por su sencillez, por la unidad que tan fácilmente representaban; pero que no espican, ni mucho menos, lo que acaece casi diariamente en la práctica de cada uno.

Restame solo añadir que del estudio de nuestros antiguos médicos, Valles, Heredia, Mercado, Piquer y tantos otros, se obtienen mejores datos para el estudio bien hecho de las calenturas del pais en que vivimos, y que haria un gran servicio á la ciencia quien desposeyera sus obras del mucho farrago en que abundan, para presentarnos sus brillantes observaciones con las adiciones que el estado actual de la ciencia exijiera.

Concluyo haciendo observar que las fiebres intermitentes y continuas de la constitucion que he descrito, se asemejaban en lo que la escuela de Montpellier se figura constituye la esencia de las enfermedades; en su forma, en sus elementos morbosos: bajo este último concepto pudiera decirse han reinado epidémicamente fiebres inflamatorio-biliosas; y quien se tomara el trabajo de repasar lo acontecido en el año de 1836, veria que en las enfermedades de este último año, cualquiera irritante administrado interiormente, eméticos, purgantes, las mismas sales de quina, intempestivamente administradas, por su accion irritante daban lugar á fleugasmas muchas veces terribles; y todas, sin embargo, eran fiebres intermitentes, ó fiebres tifoideas como ahora diriamos, ó gastro-entero-hepatitis como las llamaria Broussais; iguales enfermedades, y el tratamiento, no obstante, diferente. ¿Por qué esto? Por hoy responderemos con el anciano de Coos, *deceat autem morborum semper populariter grasantium impetum considerare, nec latere temporis constitutionem*. Pron. Sect. iij. núm. xxxviii.

Bejar y octubre 10 de 1838.

JULIAN HERRERO.

FUNDAMENTOS

DE LA MEDICINA NATURAL Y SIMPLICISIMA.

PARTE SEGUNDA.

HISTORIA.

D.—Hipócrates.

VI.

204. Voy á considerar ahora las hipótesis falibles de Hipócrates, fundamentos de sus teorías, bajo de un punto de vista mas elevado: porque sin embargo de conocer que algunas de aquellas no han prevalecido, y que ninguna ha merecido, con relacion al método descrito de *observacion y experimento*, otra calificación que la de falibles, todavia, por querer significar con ellas el *grave anciano*, tan ajeno de la mentira, como amante de la verdad de observacion, algo verdadero: por recordar, como recuerdo aquí y cito (B—I, II, III.) lo dicho sobre el llamado *método de intuicion* y muy especialmente la materia del número 39: y por creer, como creo, que casi todo lo que hoy se discute en filosofía médica se refiere tambien á hipótesis tanto ó más falibles que aquellas, pero más estériles para la terapéutica y muchas veces perjudiciales, sin desdeñarse por eso los sabios de tratarlas ni discutir las, permitirásme reiterar la consideracion sobre aquellas remotas de la medicina griega; porque creo que detrás de los nombres que las formulaban, los cuales han caido en olvido, y nadie se atreveria hoy á pronunciar en una consulta por temor de escitar la compasion de los sabios modernos, que han inventado otros más pomposos y más cultos, pero tan huecos y vacios de verdadero y útil pensamiento, como lo serán siempre todos los que se apliquen á la esplicacion de cosas inexplicables, existen sanas y elevadas doctrinas.

205. Sanas y elevadas doctrinas no derivadas siempre del penoso y seguro método de observacion, es verdad; pero presentadas fácil y sencillamente á la imaginacion de aquellos primeros sabios que, concienzudos, despreciosos y candelosos, veian con claridad y espresaban como podian sus muchas veces intuitivas concepciones: porque entonces no habia dominado y subyugado, como ahora, la análisis á la síntesis; exageracion perjudicial de uno de los extremos del buen método, en la cual el desmenuzamiento y trituracion proliza de los hechos sublimados por el soplo de la critica, levanta una inmensa polvareda capaz de oscurecer las más claras y patentes verdades: porque entonces la boga del buen método, que

tantos bienes puede producir, no habia dominado las inteligencias hasta el punto absurdo de negar cuanto con él no haya podido ni pueda descubrirse, ni eclipsándose por consiguiente ese mundo inmenso inobservable, pero cierto, que el fisico moderno en su delirio niega, y que yo tambien negué cuando aun no habia pensado bastante: de ese mundo misterioso, inefable, que rije y gobierna, por la voluntad de Dios, toda creacion y toda vida; que anima al universo en sus colosales movimientos; á los mares, en sus corrientes y mareas; en su curso, á los rios; en sus periodos al aire; en su crecimiento, á las plantas; en su movimiento, al animal; y que aun más misterioso y más incomprensible, pero más poderoso y cierto, en su inteligencia, al hombre....

206. *La salud es un justo equilibrio* (192). No añadamos una sola palabra para ampliar este pensamiento hipocrático, porque sería empobrecerle con suposiciones que no han prevalecido; porque los elementos de ese equilibrio constituyen el campo variable y muy supositivo de nuestra ciencia; mas aquel pensamiento es una verdad subsistente que los Hipócrates de todos los tiempos han proclamado; que la observacion en grande y pequeña escala demuestra; que el experimento comprueba; que la razon sanciona, y que hasta la intuicion adivina. Olvidemos los elementos equilibrados de Hipócrates, sus *cualidades* amarga, dulce, acerba, etc., porque mil veces han sido sustituidos por la invencion de otros que tambien debemos olvidar, por no traer mejor origen, y esperemos: pero mientras estos elementos se descubren, entreguemos el pensamiento verdadero de aquella hipótesis y conservémosle con la esperanza de que ha de sernos útil, porque la verdad siempre lo es; y aunque nos tilden de insignificantes, encerrémonos en él humildemente, sin dar un paso más cuando lo meditamos á la cabecera del enfermo, porque nos estraviáremos, y digamos con todos los varones sabios, con la observacion y experiencia de los siglos, y con la fuerza de la razon, *la salud es un equilibrio*: no digamos mas.

207. Por consiguiente, *la enfermedad es un desequilibrio*. Ignoramos tambien entre qué elementos se verifica tal desarmonía. Nos perderíamos en estériles conjeturas si tratáramos hoy de señalar los verdaderos, y por tanto, al guiarnos en la práctica por tales hipótesis, sobre obrar á ciegas, lo cual no debe ser en nuestra grave profesion, acaso comprometeríamos mas la salud y la vida del enfermo. Mientras tanto no tengamos más datos, limitémonos á decir, *la enfermedad es un desequilibrio*: no digamos mas.

208. «Las enfermedades tienen un curso necesario, es decir: que sus síntomas y trasformaciones obedecen á un orden de sucesion indispensable, y tienen dias precisos en los cuales se han de verificar importantísimos sucesos... ó terminar favorable ó adversamente... y estos son tales ó cuales numéricamente (192).» Hé aquí verdades de observacion ó ilusiones hipotéticas. Porque verdaderamente, la observacion clínica demuestra que las enfermedades siguen ese curso, es decir: el preciso á ellas; anticipado, retardado ó modificado en sus factores, según la índole de la enfermedad, la naturaleza del enfermo, la de la causa productora y las circunstancias todas que influyen en cada uno de estos elementos. Que teniendo en consideracion todas estas cosas, deben tener *dias precisos* en los cuales se verifiquen importantísimos sucesos; mas estos dias tengo para mí que no pueden predecirse, sino muy rara vez, por lo difícilísimo que veo, al menos sin una consumada práctica, el poder hacerse cargo y formar cabal juicio de todas estas cosas que he dicho que anticipan y retardan el momento de tales acontecimientos; aunque bien creo que es esto más fácil en ciertas enfermedades especiales, que más afines en sus señales y caracteres consigo mismas que otras, no se dejan dominar ni modificar tan fácilmente, por la índole del enfermo, ni de aquellas cosas que á este rodean y modifican. Esta es la verdad práctica importante que veo envuelta allá en lo profundo de la teoría hipocrática. Pero creer que tales fenómenos y modificaciones morbosas, han de acaecer *precisamente* en tales y cuales dias numéricamente prejuzgados, es ajustar á la pobre escuadra de nuestra razon las leyes generales de la naturaleza, que contenidas como lo están en los vastos designios de Dios, giran en un espacio inmenso, solo comprensible para aquellas inteligencias dóciles que las siguen y observan por donde quiera que vayan. El mismo Hipócrates, que creyendo erradamente, para rendir tributo á Pitágoras, estableció como verdades tales ilusiones, no desconoció tampoco estos pensamientos, como se echa de ver en varios pasajes de sus escritos.

209. Esos trascendentales fenómenos que aparecen en el curso de las enfermedades terminándolas, complicándolas, trasformando sus apariencias ó aliviándolas, son las

crisis. Acontecimientos de verdad eterna allá en su fondo filosófico, pero que desvirtuados por exigencias sistemáticas, aun en los tiempos hipocráticos, ha llegado época en que se han negado. Porque sea cual fuere el motivo de una enfermedad y la explicación que se dé a la sucesión de sus síntomas, ello es cierto que ha de suceder algo en lo profundo del organismo para que el equilibrio se restablezca, apareciendo la salud, y que este algo tendrá al exterior manifestaciones racionales u objetivas, y unas y otras, si la constante y buena observación ha demostrado que siempre son seguidas de un alivio, transformación o término adverso o favorable, ponen al médico pensador en el caso de formularlas con un nombre que las represente, y ninguno mejor, a mi entender, para este caso, que el de *crisis*.

Y tales hechos, comprobados constantemente en el lecho del dolor, lo están asimismo, y todos los días los observamos en todos los fenómenos naturales, en grande y en pequeña escala repetidos: y no son para el asunto médico de enseñanza estéril, pues parecen las voces de *alerta* que la naturaleza dá al médico para enseñarle a esperar y a conocerla: las señales que la enfermedad vá dejando en su camino, obligada por la naturaleza medicatriz, para marcar sus épocas y decir no pocas veces al dócil observador por dónde vá, á donde vá y qué quiere, y alguna vez, cómo le dará lo que apetece y qué le dará que le convenga. El médico, pues, que no cree en las *crisis* miradas por este elevado prisma, cierra los ojos á toda luz en aquel sitio imponente y oscuro laberinto en que más la necesita: en la cabecera del enfermo. Pero no demos nombres á estas *crisis*, porque de seguro nos estraviaríamos representando con ellos hipótesis engañosas y peligrosas para el enfermo: ni creamos que siempre las hemos de observar, porque en las enfermedades crónicas son raras, y en muchas agudas no se advierten por desaparecer estas gradual y paulatinamente, amortiguándose poco á poco los síntomas con que empezaron, pareciendo entonces que toda la enfermedad fué una gran crisis de acontecimientos que pasaron desapercibidos, hasta para el enfermo mismo, en lo más íntimo de su complicada economía: ni esperemos ver siempre como producto de tal fenómeno la presentación de tal ó cual evacuación ó alguna notable alteración en ella, porque no siempre sucede esto: examinemos, sí, el conjunto, sin despreciar tampoco estos accidentes objetivos que muchas veces aparecen, y viéndolo todo, y comparando el estado anterior con el presente y este con el que después ha venido, sin denominar; pensemos sencillamente: *aquí hubo crisis; la hay; se aproxima*, y no pensemos más entonces que en protegerla, disminuir su energía, desviarla si podemos ó corregir sus estragos; siempre con medios conocidísimos en su acción y con la mente tranquila y confiada en nuestra maestra y poderosa amiga la pródiga *naturaleza medicatriz*.

210. Pero como la inteligencia humana lleva una tendencia constante, como muchas veces he dicho, hacia la investigación de las causas, la de Hipócrates buscó aquella de estas á que estuviesen subordinados tantos hechos, la salud, la enfermedad, y los fenómenos y transformaciones de esta última. Ignoraba cuál fuese tal causa en lo concreto, pero su penetración la veía en abstracto indeterminada, pero cierta é indispensable, y al formularla, apoyándose en las hipótesis falibles de su siglo, la señaló con las frases oscuras y como simbólicas de *cálido innato: calidades extremas ó fuerzas de los humores*, etc., etc., que si bien parecen representar en varios pasajes entidades diferentes, son, sin embargo, relativas á causas íntimas, activas y productoras de tales fenómenos. Esos nombres han desaparecido, pero las ideas que significaban permanecen subsistentes, no más claras, no más determinadas ni concretas, sino más oscuras por el excesivo análisis, como tengo dicho (205), y por algunos temerariamente negada la realidad que representan: es verdad que ahora hay otros nombres más del gusto de la época; pero, digámoslo sin temor: ni estos nombres han traído al lecho del dolor ventaja alguna, ni todos los adelantos modernos han podido añadir al vetusto y carcomido *calor innato* la más pequeña luz para señalar con verdad la realidad que simboliza; mientras tanto esto no se averigua, sin despreciar, porque sería ridículo, la frase griega, llámesele como quiera; pero sepamos, que dentro de nuestra economía hay una calidad de calor ó cosa infinitamente más delicada y firme que el que produce una vela encendida, y que el que por la combustión dicen que en los pulmones se genera. Y al efecto de este calor en enfermedades determinadas le llamaba *cocción* el sábio griego: nombre apropiado y significativo, y que al borrarle de la nomenclatura moderna, no se ha sustituido con otro alguno: solo el vulgo, tantas veces más sensato

que el sábio presumido, le conserva y emplea para significar un hecho, que acaso con el nombre ha desaparecido también de los libros actuales.

J. GARFALO.

PRENSA MEDICA.

MEDICINA.

Sarampion: tratamiento del flujo diarréico.

En una lección clínica recogida por el Sr. CHAILLON, manifiesta el Sr. TROUSSEAU que la diarrea que acompaña al período de erupción del sarampion, y que es un fenómeno favorable, puede revestir una forma grave. Los niños pueden hacer de quince á veinte cursos diarios sin que haya motivo para alarmarse por esto, si la erupción se verifica bien. Pero si los ojos se hunden, ya el arte debe intervenir. El Sr. TROUSSEAU recomienda que se recurra entonces al ópio, pero con suficientes precauciones, porque los niños manifiestan una sensibilidad tan grande á la acción de los narcóticos, que á la edad de un año permanecen atargados por espacio de dos días con una sola gota de láudano, es decir, con una vigésima segunda parte de grano de ópio. A los sujetos muy jóvenes, afectados ó no de sarampion, pero que tienen diarrea con emaciación del semblante, les prescribe el profesor mencionado: agua de cal 60 gramos (2 onzas); láudano de Sydenham media gota. Para esto se pone una gota de láudano en una cucharada de agua, y la mitad de esta cucharada se mezcla con agua de cal y se administra en varias veces durante las veinticuatro horas. Algunas veces esta diarrea termina por disenteria; entonces se la trata por medio de las cataplasmas y el ópio. Si á la mañana siguiente esto no ha dado resultado, se administran lavativas con clara de huevo disuelta en agua caliente, y por último se recurre á las lavativas con alguna de las disoluciones siguientes: sulfato de cobre ó de zinc 25 centigramos (5 granos); agua destilada 100 gramos (unas 3 onzas), ó bien azoato de plata 5 cent. (1 grano); agua destilada 100 gramos. Es raro, dice, que con estos medios no se cure la disenteria en el espacio de dos días.

Cálculo biliar: expulsión á través de las paredes abdominales.

De la *Union médicale* tomamos la curiosa observación siguiente, publicada por el Dr. MACKINDER:

La enferma, de edad de 75 años, muy delicada, se quejaba desde hacía mucho tiempo de dolores en el lado derecho; á fines de 1856 tuvo una hepatitis aguda de la que se curó pronto. En febrero de 1857 aparecieron de nuevo los dolores del lado, pero con mas intensidad; el hipocondrio derecho estaba muy dolorido á la más ligera presión, la respiración difícil, la lengua súa; sed ardiente, vómitos, pulso débil, tumor circunscrito en el borde inferior del hígado, duro, movable y sensible. Este tumor, con el tiempo, descendió á lo largo del borde externo del músculo recto del abdomen hasta la parte más alta de la región iliaca derecha. Inflamóronse los tegumentos en este punto, y muy pronto se hizo manifiesta la fluctuación en una extensión de tres pulgadas; abrióse, por último, este absceso, saliendo de él una abundante cantidad de pus.

A fines de abril se percibió por encima de la abertura del absceso, un cuerpo duro y redondo del tamaño de un huevo de gallina, alrededor del cual estaban los tegumentos endurecidos, rubicundos y doloridos. Aplicáronse cataplasmas, y se sometió á la enferma á un régimen tónico. En los primeros días de mayo, en el momento de subir la enferma á la cama, el cuerpo extraño se escapó por el orificio de la piel situado en el centro de la región iliaca derecha, y cayó al suelo: dicho cuerpo era del tamaño de un cálculo biliar, muy duro; pesaba 23 gramos (6 dracmas, 18 granos), de pulgada y media de diámetro, y formado en su centro de cristales de colestera pura, de una delgada capa de materia colorante, de carbonato y de fosfato de cal. La enferma se restableció en poco tiempo.

—Casos de esta especie no son comunes, y deben servir de útil advertencia á los prácticos.

Catarro y hemorragia de la vejiga: nuevo tratamiento por medio del percloruro de hierro.

En la *France médicale* se ha publicado el hecho siguiente:

Un hombre padecía desde hacía mucho tiempo una parálisis de la vejiga; la existencia permanente de una sonda en la uretra había llegado á producir un catarro vesical que con nada se había podido modificar, cuando á esta afección, ya por sí tan grave, se juntaron hemorragias bastante abundantes para comprometer la vida del enfermo, y que además, obstruyendo los ojos de la sonda con coágulos, tenían por resultado el hacer la emisión de la orina á veces imposible. El Sr. VIGLA, médico de la Casa municipal de Salud, concibió entonces la idea de administrar el percloruro de hierro al interior. Hizo tomar al enfermo, dos veces al día, un poco antes de las comidas y en un vaso de agua azucarada, una cucharada de las de café de la disolución siguiente: agua destilada 250 gramos (media libra); sesquicloruro de hierro 12 gramos (3 dracmas). En poco tiempo la hemorragia desapareció completamente, y hasta el uso continuado del medicamento hizo disminuir en más de las dos terceras partes la secreción mucopurulenta. El Sr. VIGLA esperaba, á la sazón en que esto escribía, curar el catarro con dicho medio; no habiéndose resuelto á emplear el percloruro de hierro en inyecciones, por temor de que los coágulos formados por este agente se convirtiesen por sí mismos en punto de partida de nuevos accidentes.

—Como puede conocerse, un solo hecho no autoriza para fundar un método de tratamiento, ni tal creemos que sea la intención del Sr. VIGLA; sin embargo, es tan probable que la cesación de la hemorragia se debiese á la acción de este precioso hemostático, como seguro hubiera sido, en concepto nuestro, el inconveniente que obligó al autor á abstenerse del uso del percloruro en inyecciones. Obró, pues, acertadamente en esto el Sr. VIGLA, y así obrará en casos análogos todo profesor prudente que conozca los inconvenientes de la formación de coágulos sanguíneos en la vejiga ó en el conducto uretral.

TERAPÉUTICA.

Acetato de alumina: su acción en diversas enfermedades.

Habiendo notado el Sr. BUROW las propiedades desinfectantes del acetato de alumina, que vió emplear con ventaja en los establecimientos donde se purifica el azúcar para impedir la putrefacción de la sangre, concibió la idea de aplicar esta sustancia al tratamiento de las heridas supurantes.

Hé aquí cómo aconseja preparar el acetato de alumina oficial:

Se hace disolver en la menor cantidad de agua posible, por un lado 10 partes de sulfato de alumina, y por otro 17 partes de acetato de plomo cristalizado; se mezclan las dos disoluciones calientes, se las deja reposar y luego se filtra la mezcla; queda en el filtro sulfato de plomo que se lava con un poco de agua caliente. El líquido filtrado se satura con gas sulfídrico hasta que desprenda el olor característico de este gas; se separa á beneficio del filtro el sulfuro de plomo, y luego se calienta hasta que el olor del gas sulfúrico haya desaparecido. Se filtra de nuevo, y se añade tanta agua como se necesita para que el total represente 48 partes. Tienese entonces un líquido, cada onza del cual contiene una dracma de acetato de alumina. Este es un líquido astringente que exhala un fuerte olor á ácido acético.

El autor ha experimentado este líquido en sí mismo, y á la dosis de 30 gotas observó sus primeros efectos, que consistieron en una sensación de calor y plenitud en la región del estómago; á la dosis de 60 gotas estos síntomas aumentaron y sobrevinieron vértigos, y una pesadez de cabeza que duraron muchas horas. En vista de esto, puede considerarse que el medicamento obra á la dosis de 20 gotas, y la de 60 gotas repútase como el máximo. El señor BUROW reserva para más adelante sus comunicaciones acerca del uso interno de esta sustancia.

El autor dá á conocer después el modo de acción del acetato de alumina sobre la sangre y sobre el pus, y luego advierte que para el uso externo se limita á tomar alumbre común para preparar el acetato mezclado en 8 onzas de agua, 5 dracmas de alumbre y 1 onza de acetato de plomo.

En la segunda parte de su trabajo, el autor se hace cargo de los casos en que el acetato de alumina puede emplearse al exterior, y dice que le ha probado muy bien en el tratamiento de las úlceras crónicas de las piernas, en los cánceres en supuración, en las úlceras gangrenosas, etc. En una palabra, no existe sustancia, dice, que se oponga con tanta energía á la descomposición pútrida y que modifique de una manera tan favorable las secreciones morbosas del organismo. Al terminar indica otra aplicación importante del acetato de alumina, y es su empleo para la conservación de los cadáveres. Inyectada en las arterias esta sustancia, impide la putrefacción durante meses enteros.

Médula espinal: sus funciones.

Segun vemos en la *Gazette médicale* de París, el señor PAOLINI ha comunicado al instituto de Bolonia los experimentos que ha hecho en conejos y otros animales, con el objeto especial de comprobar las opiniones emitidas por el Sr. BROWN SEQUARD en estos últimos años. Hé aquí las principales conclusiones que ha formulado, y que están conformes con las de este fisiólogo:

1.º En general, cuando después de la sección de los músculos y la ablación de algunos arcos vertebrales se pone al descubrimiento una porción de médula en la región lumbar, la motilidad y la sensibilidad disminuyen un poco en la parte posterior del cuerpo del animal. Este fenómeno se hace más manifiesto después de la sección de la dura-madre y el flujo ó derrame del líquido céfaloraquídeo.

2.º La sensibilidad de los cordones posteriores permanece intacta y reacciona por la acción de los escitantes, en tanto que la sustancia gris ó central de la médula permanece intacta, y en las relaciones orgánicas normales con los cordones supradichos.

3.º La sustancia gris ó central de la médula parece desprovista de la facultad de percibir y de transmitir las impresiones producidas inmediatamente en ella, al paso que en algunas circunstancias parece servir de conducto á las impresiones sensitivas que le son transmitidas por los cordones posteriores.

4.º La sección de los cordones posteriores en la región lumbar, con tal que no comprenda la parte media ó central de la médula, no solo no impide el transporte al sensorium común de las impresiones producidas en las partes del cuerpo situadas por debajo de la sección, sino que al parecer aumenta la sensibilidad de los miembros posteriores.

CIRUJIA.

Varicocele: consideraciones sobre esta afección; paliativo muy sencillo.

Debe operarse el varicocele? Tal ha sido uno de los principales asuntos que el Sr. NELATON se ha propuesto tratar en una lección clínica recogida por el Sr. CHAILLON, segun puede verse en el *Journ. de méd. et de clin. prat.*

y en la *Union méd.* El Sr. NELATON ha podido convencerse por medio de la observación, de que el varicocele es una enfermedad propia del segundo período de la adolescencia, y que tiende á desaparecer á medida que avanza la vida de los que la padecen. Por otra parte, no cree que semejante afección tenga una influencia real en la atrofia del testículo, habiéndose convencido, preguntando á los muchos sujetos que le han consultado sobre dicha enfermedad, de que la existencia de tales varicoceles en nada habian disminuido la aptitud para las funciones de la reproducción. En cuanto al volumen, se han visto enfermos que tenían un escroto enorme, y sin embargo no experimentaban sino muy ligera incomodidad ó estorbo en el ejercicio de su profesión. No sucede lo mismo respecto al dolor que acompaña á ciertos varicoceles, y que por su intensidad dificulta considerablemente el ejercicio de ciertas profesiones: fuera de estos casos de dolor y estorbo grave, el profesor citado desecha la operación, y aconseja á los pacientes que se limiten al empleo de los paliativos, y notablemente al que el Sr. RICHARD (du Candal) ha ideado para sí mismo, y que el Sr. NELATON ha empleado ya varias veces con un éxito completo. Consiste en comprender y comprimir en un tubo de caoutchouc la porción colgante del escroto, después de haber empujado hacia el anillo el testículo y el cordón venoso. Para esto se coje una tira de caoutchouc no vulcanizado, que tenga dos centímetros y medio de ancho, se le dá una suficiente longitud, y aproximando las superficies recién cortadas, se suelda en el acto. Este aparato tan sencillo, dice, presta los mayores servicios.

Aunque no sea más que evitar á los enfermos la molestia y embarazo que ocasionan los suspensorios tanto en su aplicación como en su uso permanente, ya es un gran paso en el tratamiento paliativo de una enfermedad que molesta no poco, principalmente en verano, y hasta afecta moralmente á los que la padecen.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

VARIEDADES.

Acta médica en Inglaterra.

Cerca de 30 años hace que se afanaban los médicos en el Reino-Unido por conseguir un *bill* que pusiera algún concierto en medio de la confusión en que se hallaban las profesiones médicas, y otro tanto tiempo ha trascurrido sin que el gobierno, aun cuando deseaba la reforma, se atreviese á realizarla por causa de la asombrosa discordancia de pareceres que entre los mismos médicos había.

Por fin las dos Cámaras, cerrando los ojos y tapándose los oídos, han votado un *bill* que si no alcanza á satisfacer todos los deseos, pues que ya es muy combatido por los médicos mismos, á lo menos ofrece indisputables ventajas y constituye un formal progreso.

El Acta médica (*the medical act*), que ha empezado á rejir el 1.º de octubre, es después de todo una mejora de importancia, pues que allana multitud de obstáculos que parecían poco menos que insuperables. A favor suyo, disminuirá mucho el desorden y confusión que existía no solamente en la enseñanza sino en la práctica de la medicina. Ejercíase la profesión no solamente por médicos provistos de su correspondiente diploma, sino por otros faltos de toda autorización; de manera que el arte de curar venia á ser realmente una profesión mercantil, sin que nadie cuidara de evitar los abusos que á cada paso ocurrían. Los verdaderos médicos se hallaban confundidos con una falange de prácticos semi-médicos y semi-drogueros, resultando de esta concurrencia descrédito, pérdida de honorarios y en ocasiones hasta el ridículo.

Para dirigir la ejecución del Acta médica establece esta nueva ley un Consejo superior con el título de *Consejo general de instrucción y de registro médico del Reino-Unido*, y además consejos sufragáneos en Inglaterra, Escocia é Irlanda. Dicho gran Consejo se compone de 17 individuos, 11 elejidos por las universidades que el Acta designa, y los 6 restantes por la Reina, después de oír á su consejo privado. La duración de los consejeros es de 6 años, pudiendo ser reelejidos.

Hasta el 1.º de enero de 1859 han de inscribirse todos los individuos habilitados para ejercer la medicina, en cuyo caso se considera á los miembros ó licenciados del Real Colegio de medicina de Londres, de Edimburgo, de Irlanda, del colegio de cirujanos de las mismas ciudades, de la sociedad de boticarios de Londres y de Dublín, los doctores, licenciados ó bachilleres de alguna universidad del Reino-Unido y á los doctores en medicina de alguna universidad extranjera que practiquen en el país antes del 1.º de diciembre de 1858. Nada dice de los doctores extranjeros que quieran establecerse en Inglaterra después de esta fecha.

La inscripción médica dispensa del servicio de la milicia, del jurado, de los cargos parroquiales y de distrito.

Todo individuo que ejerza la medicina en Inglaterra desde antes del 1.º de agosto de 1851, tiene derecho á ser inscrito sin condición alguna.

El Consejo debe velar sobre el modo de enseñanza y de exámenes adoptado por cada corporación médica de las autorizadas para conceder grados, y cuando alguna de estas no ofrezca suficientes garantías puede proponer su supresión ó la anulación de la prerrogativa.

Si algún práctico de los que constan en el registro fuere convencido de crimen ó de ofensa, ó si después de los debidos informes, cree el Consejo general que ha observado una conducta infamante, bajo cualquier aspecto profesional, puede el Consejo mandarle borrar del registro.

Toda persona que consta en el registro se halla autorizada para ejercer la medicina ó la cirugía, según su calificación, en todas las posesiones inglesas, y para reclamar de los tribunales el pago de sus honorarios, etc. Desde 1.º de enero próximo nadie tiene derecho de reclamar ante los tribunales de justicia el pago de consultas, asistencias, operaciones, ni administración de remedios médicos quirúrgicos si no justifica su inscripción.

Tampoco podrá ser admitido desde 1.º de enero de 1859 al desempeño de ningún destino médico, civil ni militar, el que no justifique su inscripción.

El registro fraudulento se castiga con pena de prisión que no puede exceder de un año. Los que voluntaria y engañosamente tomen el título de médico, doctor en medicina, licenciado, cirujano y cualquiera otro que implique hallarse registrado y reconocido por la ley como tal, serán castigados con una multa que no puede exceder de 20 libras esterlinas.

Pero lo que más bulla ha movido entre los médicos ingleses es el art. 23 del Acta médica, por el cual se encarga al Consejo general que cuando alguna corporación de las que tienen derecho á conferir grados imponga al candidato que se presente á examen la obligación de adoptar ó desechar la práctica de alguna teoría particular de medicina ó de cirugía, bajo la pena de no ser admitido á examen ó no concederle el certificado, dé conocimiento al Consejo privado, quien puede amonestar á la corporación de quien procedan las restricciones para que se abstenga de obrar así, y si es necesario hasta privarla del derecho de conferir grados.

Esta restricción fundada y razonable ha disgustado á la generalidad de los médicos ingleses por el odio que profesan á la homeopatía. Sabido es que algunos colegios y corporaciones han arrojado de su seno á los homeopatas y negado la autorización para ejercer á los sectarios de Hahnemann; y esto es lo que en el nuevo *bill* ha tratado de evitarse con mucho acierto, pues de ningún modo es conveniente coartar á los médicos la libertad del ejercicio de su profesión con arreglo á su ciencia y su conciencia.

Por lo espuesto se vé que en el Reino-Unido han comenzado á regularizarse la enseñanza y el ejercicio de las profesiones médicas, progreso verdadero que contrasta notablemente con la propensión al libre ejercicio que va cundiendo en otras naciones. La Inglaterra, estravagantemente liberal en medicina como en otras muchas cosas, reconoce en el día como muy conveniente impedir que ejerza la medicina persona alguna que carezca de estudios, pruebas de suficiencia y el requisito del registro; mientras que naciones como la nuestra permiten que una nube de charlatanes y expendedores de supuestos específicos invadan el campo de la profesión. Andamos al revés: caminamos hacia atrás, y de esta suerte bien podremos llegar hasta la barbarie.

Oposiciones á baños.

Con gusto insertamos en seguida una comunicación que nos ha dirigido nuestro apreciable compañero don Narciso Pastor, haciendo ver los graves inconvenientes con que tropiezan los médicos establecidos fuera de Madrid para asistir á las oposiciones á las plazas de baños que han firmado.

Es muy cierto que pocos médicos de las provincias podrán apartarse de sus casas y abandonar partidos ó clientela por espacio de siete ó ocho meses; y vendría por lo tanto muchísimo que, sin apartarse del edicto convocatorio ni de las instrucciones que se le habrán dado, hallara el tribunal un medio de evitar tales perjuicios. Lograrse esto sin más que dividir los cien opositores, ó los que resulten, en grupos de ocho ó diez, de forma que el grupo segundo no empezara sus ejercicios hasta que el primero hubiera terminado los suyos, etc.

Así, sabría cada cual en qué tiempo le correspondía desempeñar sus ejercicios, y cuando mucho pasaría un mes en la corte, ahorrándose gastos y evitando otros gravísimos perjuicios.

Pero es lo probable que nuestro dictamen no se siga: las oposiciones empezarán el día 10, y sin duda alguna el

que para ese día no se presente, ú obtenga después rehabilitación del gobierno, no podrá tomar parte en ellas.

Hé aquí ahora la comunicación del Sr. Pastor:

Señor Director de EL SIGLO MÉDICO.

Muy señor mío y de toda mi consideración: hallándose próximo el día señalado para dar principio á las oposiciones á baños, y siendo probable que el mayor número de los firmantes á ellas residan en las provincias, teniendo compromisos á que no pueden faltar por mucho tiempo sin irrogarse graves perjuicios, sería conveniente, para evitarlos en lo posible y conciliar los intereses del mayor número, que se hiciera antes el sorteo general de las ternas, y se publicara su resultado para poder calcular aproximadamente la época en que á cada uno le correspondía ejercer, según el orden que se adopte en la convocación de opositores; pues en otro caso, y adoptando el sistema de sortearlas con uno ó dos días de anticipación, serán muy pocos los que puedan aventurarse á pasar en la corte los meses que deben durar las oposiciones, atendido el número tan considerable de opositores. Esto sería un medio indirecto de alejar á la mayor parte, y de limitar los aspirantes á los que tienen la fortuna de vivir en la corte y á muy pocos más.

Ruego á V., Sr. Director, se sirva llamar la atención de quien corresponda en su ilustrado periódico, para que teniendo en consideración las razones espuestas, se adopte una medida que concilie en lo posible los intereses de todos.

Con este motivo se ofrece á la disposición de V. su afectísimo S. S. Q. S. M. B.

Sigüenza 29 de octubre de 1858.

NARCISO PASTOR.

Enfermedades reinantes en las salas de medicina del Hospital general durante el mes de octubre.

Los profesores de medicina del Hospital general de esta corte han elevado al director de dicho establecimiento el siguiente parte mensual:

«En todo el mes de octubre se ha disfrutado del tiempo agradable y benigno que en este país es propio de la estación del otoño, siendo sus días enteramente despejados y serenos, y la temperatura casi igual en todas las horas; ni en su maximum pasaba de 17º, ni tampoco en el minimum bajaba de 9º de la escala de Reaumur: la sequedad ha sido sin embargo mayor de lo que á esta época del año corresponde, habiendo llovido tan solo algunas veces en la tercera semana, y no en mucha abundancia. La columna barométrica permaneció con escasas variaciones á la altura de 26 pulgadas; y aun algunas horas llegó á señalar 25 pulgadas y 11 líneas. Los vientos del N. O. y N. E., si bien insensibles, predominaron todo el tiempo de que se trata.

Las condiciones atmosféricas espuestas han ejercido una influencia benigna sobre la salud pública, habiendo sido mucho menor el número de enfermos en el mes último de los que otros años en igual época acostumbra suceder, y en cuanto á la índole de las dolencias, resulta de los estados que están á la vista, que las fiebres constituyen la inmensa mayoría de ellas, ascendiendo próximamente á 400 el número de casos de las mismas; esto es, á más de una tercera parte del total de enfermedades correspondientes á la sección de medicina; las intermitentes de diversos tipos constituyen su mayor número, siguiendo después las gástricas, y á estas las tifoideas, catarrales, reumáticas; y por último las mucosas, las flegmáticas del tubo intestinal, como enteritis, colitis y enterocolitis continúan manifestándose con bastante frecuencia, así como las viruelas, con cuya afección ingresaron hasta 54 enfermos de ambos sexos; las erisipelas, anginas y congestiones cerebrales también se observaron no pocas veces, sin faltar además casos aislados de otras muchas enfermedades agudas. Entre las crónicas escedieron á todas las demás las hidropesías, tanto anasarcas como ascitis consecutivas á las lesiones orgánicas del corazón, de los grandes vasos, del hígado, etc. A pesar de que no ha sido grande el número de enfermos, las terminaciones funestas se hicieron más comunes en este mes que lo fueron en los anteriores, llegando á 194, y guardando con los entrados la proporción de 1 á 6, pues que estos ascendieron en las salas de medicina á 1,170, de 1,448 que constituyeron la totalidad de los admitidos durante octubre en el Hospital general.»

BIBLIOGRAFIA.

La Universidad de Salamanca en el tribunal de la historia; por D. DOMINGO DONCEL y ORDAZ.

Con este título acaba de ver la luz pública una interesante y curiosa Memoria escrita por el Sr. Doncel, bibliotecario de aquella Universidad y Colegios, y de la que ha tenido la amabilidad de remitirnos un ejemplar. De este trabajo, presentado al Sr. Rector de aquella Universidad, se pensó ofrecer lujosos ejemplares á SS. MM. á la vuelta de su expedición á Galicia y Asturias, cuando se creyó que pasarían por Salamanca; pero no habiendo tenido lugar, su autor la ha impreso á su costa con toda elegancia.

En esta Memoria se echan por tierra las calumnias propagadas por la envidia de los extranjeros é incuria de los nacionales contra aquella antigua é ilustre Universidad, demostrándose, en un estilo correcto y florido, que su fundación se debe, en el siglo XI, á D. Alfonso IX; que en el orden gerárquico fué muchas veces la segunda en el mundo literario, ocupando siempre el primer lugar entre todas las de nuestra patria; que las ciencias matemáticas fueron tan apreciadas y conocidas como las otras, debiéndosele las *tablas astronómicas de Alfonso el Sabio* y llegándose á enseñar el sistema de Copérnico, cuando apenas se conocía en muchas otras universidades y países; por último, que no consta que habiendo el descubridor del Nuevo-Mundo, Cristóbal Colon, sometido á aquella Universidad

su proyecto, le tratara esta de visionario; al contrario, no solo no le rechazó, sino que muchos doctores le comprendieron y aun quizás alguno contribuyó con los Reyes Católicos á que tuviese feliz término aquel pensamiento gigantesco.

Felicitemos sinceramente á su autor por su interesante trabajo, y no dudamos en recomendarle á los amantes de nuestras glorias patrias y de los estudios históricos.

Por las Variedades y la Bibliografía:
El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Mientras reinaron los vientos del primer cuadrante, la temperatura se mantuvo fría por las mañanas, como que llegó á marcar cero la columna termométrica; el tiempo estuvo hermoso, la atmósfera despejada y la presión que designaba el barómetro bastante alta; pero habiendo el jueves por la tarde saltado los vientos reinantes al Noroeste y Sudoeste, y seguido en los restantes días de la semana, se anubló la atmósfera, sobrevinieron lloviznas y chubascos del Sur y sin que dejase por eso de hacer fresco, descendió el barómetro hasta las 26 pulgadas y 1 línea, con indicios de lluvia y revuelto.

Al principio de la semana las enfermedades reinantes más fueron de índole flogística que gástrica y catarral, como sucedió luego. Así es que hasta el jueves se presentaron bastantes casos de calenturas inflamatorias, pleuresías, pleuridias, neumonías, congestiones cerebrales y flegmasias de las membranas serosas y mucosas. En lo restante de la semana predominaron más las fiebres catarrales y gástricas, los reumas, las intermitentes, y los catarras y fluxiones de todas especies. También se observaron algunos enfermos de anginas, erisipelas, viruelas y sarampión, pero no en tanto número como durante el último setenario.

Como las enfermedades reinantes fueron bastante graves, hubo mas defunciones que en las anteriores semanas, aun entre los enfermos agudos, sin contar las que ocasionaron las crónicas, especialmente las tisis, las hidropesías, las afecciones de corazón y los infartos viscerales, que no fueron pocos.

Censo de población.—Segun el que se formó el año anterior de 1837, tiene España 13.464.340 habitantes repartidos en sus 49 provincias en esta forma:

Barcelona..	743,734
Valencia..	606,698
Coruña..	531,989
Oviedo..	524,329
Madrid..	475,785
Sevilla..	465,486
Málaga..	451,406
Granada..	444,629
Pontevedra..	428,886
Lugo..	424,186
Badajoz..	404,981
Cádiz..	390,492
Zaragoza..	384,476
Murcia..	380,969
Alicante..	378,938
Orense..	371,818
Córdoba..	351,556
Leon..	348,736
Jaen..	343,879
Burgos..	335,536
Toledo..	328,735
Tarragona..	320,595
Almería..	315,684
Gerona..	310,970
Lérida..	306,994
Cáceres..	302,434
Navarra..	297,422
Salamanca..	265,516
Baleares..	262,895
Castellón..	260,916
Huesca..	257,859
Zamora..	249,462
Ciudad-Real..	244,528
Valladolid..	244,025
Ternel..	238,628
Canarias..	235,784
Cuenca..	229,939
Santander..	214,441
Albacete..	201,118
Guadalajara..	199,088
Palencia..	185,970
Huelva..	174,951
Logroño..	175,812
Ávila..	164,059
Vizcaya..	160,579
Guipúzcoa..	156,495
Soria..	147,468
Segovia..	146,859
Alava..	96,598

Enfermedad en la cárcel.—Segun los periódicos políticos se ha manifestado en la cárcel del Saladero, departamento de los presos jóvenes, una enfermedad contagiosa. Suponemos que será el tífus ó la fiebre tifoidea. De todas suertes no hay motivo de alarma.

Oposiciones á baños.—El día 10 á las tres de la tarde parece ser que se reunirá el tribunal para quedar instalado, formar las trincas y dar punto para el primer ejercicio. Los apositores deben estar en Madrid para ese día.

El gradito.—Segun vemos en un periódico quirúrgico, el grado de bachiller en artes es la pesadilla de los cirujanos que tienen deseo de convertirse en médicos. Escriben sobre él en prosa y verso sin ablandar las entrañas de los que pueden hacer el milagro de su conversión, y todo lo esperan del tiempo y del espíritu nivelador del siglo xix. En el último número de dicho periódico hemos leído unas quinitillas que hacen llorar á las piedras.

Puestos de socorro.—Nos escriben que en Zaragoza se trata de establecer, y ojalá se establecieran en esta Corte, que bien se necesitan, dos puestos de socorro para los casos de asfixia que puedan ocurrir en la población, particularmente en los que se dedican á limpiar pozos y letrinas, para el de ahogados, embriagados y helados que se recojen en los sitios públicos y á quienes los auxilios de la ciencia administrados á tiempo puedan salvar la vida del desgraciado.

Curandero que promete.—Nos escribe desde Uldecona un apreciable compañero dando noticia de un

muchacho metido á curandero desde su tierna edad, porque dicen tiene gracia. ¡Gracioso será el mozo!—Hé aquí dos de sus habilidades: habiéndose dislocado una muñeca un cazador del 2.º batallón del regimiento infantería de Aragón, y hallándose en la caja de quintos el ilustrado oficial de sanidad, se apoderó de él el de la gracia, le puso parches y manipuló á su capricho, encontrándole á su vuelta dicho facultativo con la luxación sin reducir. Tales sobos con saliva dió á una mujer que tenía un pecho enfermo, que tomó el mal mucha gravedad y murió á los tres días.—¡Considérese lo que vendrá á ser este curandero incipiente, cuando adquiera más práctica y desembarazo!

Nuestras cuarentenas.—En la fragata inglesa *Euriales* ha llegado al Ferrol el príncipe Alfredo, hijo de la reina Victoria. El *Euriales* fué eximido por aquella junta de sanidad de los tres días de observación á que se sujetan las procedencias de Portsmouth, y desde luego fué admitido á libre plática... ¡Bien por la junta sanitaria del Ferrol, para quien es cosa de juego, ahora como en otras ocasiones, todo el sistema cuarentenario! En nuestro país parece haberse reconocido que los buques donde vienen personas notables se hallan por ende libres de todo contagio, pudiendo soltar su cargamento así que llegan al puerto. Riámonos de la sanidad tal como se halla establecida.

Síndicos y clasificadores para el subsidio industrial de la clase de médicos y médico-cirujanos.—Ayer fueron nombrados por la clase como síndicos los Sres. D. Juan Fernandez y Gonzalez, D. Genaro Zozaya y D. Francisco Garcia Desportes; y como repartidores fueron propuestos á la autoridad los Sres. Castelló y Tagell, Santero, Castelo y Serra, Fernandez Alvarez y Diaz Benito.

Medicina castrense en Inglaterra.—Segun se dispone en un decreto que acaba de publicarse en Londres, la asimilación de los grados de sanidad militar será en adelante la siguiente: 1.º el ayudante de cirujano tendrá desde luego la categoría de teniente, y la de capitán cuando lleve seis años de servicio; 2.º el cirujano tendrá el rango de mayor, y el de teniente coronel cuando adquiera el título de cirujano mayor; 3.º el inspector adjunto se considerará desde el principio como teniente coronel, y como coronel á los cinco años en aquel grado; 4.º el inspector general tendrá desde luego la categoría de general de brigada, y el de teniente general á los tres años de servicio en su grado.

REMITIDO.

Señores Directores de EL SIGLO MÉDICO.

Muy Sres. míos: Habiendo leído en el número 245 de su apreciable periódico, correspondiente al 12 de setiembre último, un suelto acerca del partido de médico-cirujano de este pueblo, en que se dice que el profesor residente no ha querido aceptarlo por considerar alguna de las bases que se le han propuesto, contrarias al honor de la profesión; quisiera merecer de su bondad, y así se lo suplico en nombre del ayuntamiento que presido, se sirvan mandar se inserten en el mismo periódico las bases de dicho partido médico, que son adjuntas, para que sean fielmente conocidas de la *Espana médica*, y pueda calificarlas en su ilustración; con objeto tambien de que sea más acertado el concepto que haya podido formar del partido y pueblo para que se ha creado, añadiendo que el ayuntamiento y contribuyentes al formarlo, han querido honrarse honrando (1); que ni ahora ni nunca ha sido su ánimo imponer á tan distinguida clase deshonrosas condiciones en el ejercicio de su profesión; que si de ello tuviese alguna prueba, sería bastante para declararla sin efecto (2); y que si tiene la convicción contraria, la funda principalmente en el testimonio de D. José Berché, acreditado y distinguido médico, quien en su esencia las dictó, y con las cuales desempeñó el partido por muchos años; en el de D. Joaquín Saldaña, médico-cirujano hoy residente en el pueblo que sucedió al anterior, y que hasta el año 1836 lo ha desempeñado con ellas; y finalmente en el del médico D. José María Ungo de Velasco, elegido para este partido en 26 de setiembre último, que tambien lo ha aceptado; y no es creible que ningún médico español acepte condiciones contrarias al honor de su profesión (3).

Tambien suplico á Vds. se sirvan dar cabida en el mismo periódico á estas mal trazadas líneas á que les quedará agradecido su atento S. S. Q. B. S. M.—El alcalde, FRANCISCO AZARA.

Leciñena 5 de octubre de 1838.

CONDICIONES QUE HAN DE SERVIR PARA LA CONTRATA DE FACULTATIVOS.

Para médico.

- 1.ª El médico contratado deberá asistir á los enfermos de su facultad, vecinos de este pueblo, clasificados por pobres y adheridos á esta contrata, haciéndoles dos visitas diarias, ó más si el caso lo exige, dispensándoles los auxilios de su ciencia para el alivio de sus dolencias (4).
- 2.ª Si el enfermo ó sus interesados pidiesen consulta con otro ó otros médicos, el contratado consultará gratis, dándole aviso con la oportunidad que permita el caso.
- 3.ª Asistirá el médico á los enfermos de cirugía cuando el de esta clase lo reclame, para encargarle la parte de curación que corresponda á la clase médica en casos mistos. Atenderá tambien á falta de cirujano á suministrar los primeros auxilios de la cirugía á enfermos de esta clase en un caso repentino y de urgencia (5).
- 4.ª Las visitas y consultas que hiciere este profesor á personas afectadas de enfermedades sífilíticas, serán satisfechas por las mismas; y las de los casos de medicina legal, por la que sea condenada al pago por juez competente.
- 5.ª Este profesor auxiliará al Sr. Alcalde con sus consejos científicos en cuanto diga relación con la policía sanitaria.
- 6.ª El médico contratado será el titular del pueblo nombrado por el ayuntamiento, con las exenciones y preeminencias que le corresponden: disfrutará por este título la asig-

- (1) Vaya una manera de honrar y de honrarse! (L. D.)
- (2) Pues vea lo que decimos más adelante y hágalo así. (L. D.)
- (3) La necesidad obliga á mucho. (L. D.)
- (4) ¿Por qué necesariamente dos visitas diarias? ¿No puede haber muchísimos enfermos que tengan de sobra con dos visitas al mes?—Sin duda alguna, y fuera ridículo y tonto hacer dos visitas cada día á un paralítico, á uno que padezca infartos esferofusos, á uno que sufra una envejecida afección cutánea y á casi todos los enfermos crónicos. El facultativo debe quedar en libertad de hacer las visitas necesarias. (L. D.)
- (5) Esto último no debe estipularse en un contrato, porque es contrario á la ley, siendo el médico puro. En buen hora que el médico preste esos auxilios, pero á impulsos de la caridad... Un ayuntamiento no puede obligar á cosa contraria á la ley, no puede hacer cirujano al que no lo es, por lo cual podría ser el médico penado. (L. D.)

nación de cuatrocientos reales que el ayuntamiento tiene señalados y pagará del presupuesto municipal en cada un año (1), con más la de seis mil reales que los individuos del ayuntamiento y contribuyentes asociados pagarán al mismo por trimestres vencidos, bajo especial obligación que firmarán á su favor, entendiéndose esta asignación por todo el vecindario.

7.ª Si algunos fueren los vecinos no adheridos á esta contrata, deberán ser asistidos tambien por el médico en sus dolencias, cuando lo requieran; á quien exigirá por este servicio los honorarios que devengue y entregará su importe á la parte obligada al pago de su dotación (2). Sin embargo, si al médico conviniere correr de su cuenta la eventualidad de dichos honorarios, descontará en tal caso de la dotación señalada, la cantidad importe de las iguales ó cuotas con que deberían contribuir dichos vecinos.

Condiciones generales. Si el profesor contratado tiene necesidad de ausentarse del pueblo, por motivo justificable, lo hará previo permiso del ayuntamiento, quien lo concederá por el tiempo necesario; dejando empero suplida su asistencia facultativa, igualmente que en el caso de enfermedad propia que le imposibilite para el servicio. La ausencia ó imposibilidad por un breve tiempo podrá suplirla otro profesor de facultad análoga residente en la población (3).

Durará esta contrata el tiempo de dos años, que finirán en 29 de setiembre de 1860, durante el cual no podrá rescindir el profesor por sí, sin haberlo manifestado al ayuntamiento con dos meses de anticipación, á no mediar causa grave; para que dentro de este tiempo pueda procurar la provisión de la vacante y no falte asistencia facultativa. Cederá sin opción á reclamación de los profesores, por tres faltas justificadas en el cumplimiento de sus deberes (4).

Las precedentes condiciones son las mismas con que se ha anunciado el partido de médico de este pueblo.

Leciñena 5 de octubre de 1838.—El alcalde, FRANCISCO AZARA.

VACANTES.

Lo están. Una de las plazas de médico-cirujano de Caudete, provincia de Albacete; su dotación 7,500 rs. pagados mensualmente del presupuesto municipal. Las solicitudes hasta el 28 de noviembre.

—La de médico de Pariza y 18 ajeos, provincia de Burgos, el mas distante del centro 3 cuartos de legua; su dotación 240 fanegas de trigo cobradas de los vecinos por los alcaldes respectivos en setiembre. Las solicitudes hasta el 25 de diciembre, á D. Gregorio Arenaza, vecino de Pariza.

—La de cirujano de Nebreda y un ajeo, provincia de Burgos; su dotación 180 fanegas de trigo marruco cobradas de los vecinos en setiembre, casa y leña que necesite. Las solicitudes hasta el 18 de noviembre.

—La de cirujano de Brieva, partido de Nájera, provincia de Logroño; su dotación 3,500 rs. pagados por el ayuntamiento por trimestres vencidos, renta de casa y huerto, sin carga de rasura, ni contribución mas que la de subsidio. Las solicitudes al señor alcalde hasta el 29 de noviembre, espreando en ellas la clase á que pertenece el aspirante.

—La de farmacéutico de Herrera del Duque, provincia de Badajoz; su dotación 2,200 rs. de fondos municipales, pagados en noviembre, obligándose á suministrar gratis las medicinas que necesiten 260 familias pobres, que serán clasificadas por el ayuntamiento: la población consta de 800 vecinos, con los cuales, esceptuando los pobres, podrá contratarse el facultativo para la asistencia. Las solicitudes hasta el 30 de noviembre.

—La de farmacéutico de Bustarviejo, junto á Torrelaguna, provincia de Madrid; su dotación 8,000 rs., pagados 1,100 trimestralmente de fondos municipales, y los restantes por iguales del vecindario que cobrará el ayuntamiento. La población es de 520 vecinos. Las solicitudes hasta el 28 de noviembre.

(1) No se puede quejar el médico ciertamente, antes debe hallarse contentísimo con tan pingüe prebenda. Aquí tienen un buen ejemplo los que están por los partidos en que el médico ha de asistir tan solo á los pobres. ¿No es verdad que con 400 rs. anuales cualquiera puede pasarlo como un príncipe? (L. D.)

(2) Esta es una de las condiciones más depresivas. Ella convierte al médico en profesor de alquiler, que es explotado por el ayuntamiento. Verdad es que en las siguientes líneas se remedia algo el mal, pues que se le deja en libertad de adoptar otro medio; pero como no había de cobrar las visitas sueltas á no entablar un pleito con cada deudor, resulta que por fuerza ha de *alquilarse* al ayuntamiento por 6,000 rs. para asistir todo el vecindario. Sumando esta partida y la anterior de 400 reales, resultan 6,400, que es ya una cantidad respetable en unos tiempos como estos en que los comestibles están poco menos que de balde... (L. D.)

(3) ¿Cuánta generosidad hay en todo esto! El médico, para ausentarse del pueblo, solo necesita, además de dejar otro médico que asista por él: 1.º que el motivo de la ausencia sea justificado, y 2.º que el ayuntamiento le dé permiso... ¡Alabemos á Dios! Cualquiera advertirá que con dejar otro médico, sin necesidad de justificar el motivo, ni de obtener licencia, mediante tan solo un aviso al alcalde, era bastante. Y además, si enferma tiene que buscar quien asista por él, y si no encuentra ó la enfermedad le impide atender á eso, ignoramos si le sacarán de la cama medio muerto, ó se limitarán á suprimirle el sueldo cuando mas le necesita. (L. D.)

(4) Esto es altamente humillante para la clase y no se puede admitir por ningún médico decente, pues que las faltas han de justificarse por una de las partes, siempre hostil para los médicos. Ningun profesor que se estime en algo debe asistir á este pueblo. (L. D.)

Por la Crónica, el Remitido y las Vacantes:

El Srío. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

ANUNCIO.

GUIA MÉDICO-QUIRÚRGICA, Ó NUEVO TRATADO DE las enfermedades de la gente de mar; que contiene: *En la primera parte:* Higiene náutica, tabla alfabética de los medicamentos que ha de contener el botiquín de un buque. Instrumentos y apósitos que se deben tener en el arsenal de cirugía.—*En la segunda parte:* las enfermedades internas.—*En la tercera parte:* las enfermedades externas.—*En la cuarta parte:* el resumen de los tratamientos.—*En la quinta parte:* las operaciones y vendajes.—*En la sexta parte:* un apéndice para los reconocimientos de víveres; por D. ANTONIO DE GRAZIA Y ALVAREZ.

Obra premiada por S. M.

Tercera edición.—Un volumen: 15 rs. para los suscritores á este periódico. Diríjanse los pedidos al autor, calle de San Andrés, núm. 59, en Puerto Real (Andalucía).

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1838.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.